CRITERIO

¿MASCARA O ROSTRO?
por GUSTAVO J. FRANCESCHI

LA BASILICA CONSTANTINA Y LAS GRUTAS VATICANAS
por FERNANDO RUSSO

LA NEGACION DE SI MISMO Y EL CRISTIANISMO
por THOMAS MERTON

¿TERCERA POSICION O SOCIALISMO?
por IGNACIO MILES

COMENTARIOS - POESIA - INFORMACION CATOLICA - VIDA INTELECTUAL - CRONICAS DE MUSICA, TEATRO Y CINE - DOCUMENTOS - BIBLIOGRAFIA.

Director Mons.
Gustavo J. Franceschi

80
Centavos

Aparece los
2dos y 4tos jueves de mes

Número 1115 Año XXIII

Buenos Aires, 11 de Mayo, Año del Libertador General San Martín, 1950

ALSINA 840 — T. E. 34 — 1309

Criterio

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXIII Buenos Aires, 11 de mayo, Año del Libertador General San Martín, 1950 Núm. 1115

¿MASCARA O ROSTRO?

EL motivo determinante de este editorial hállase constituído por un hecho que en sí es pequeño, pero cuya significación luego mostraré. El 31 de octubre próximo pasado cierto escritor anónimo publicó en el *Times* de Londres un artículo intitulado "El catolicismo y el momento actual". Sabe todo el mundo que el periódico mentado tiene por costumbre incluir en sus columnas una selección de las cartas que sus lectores le envían sobre un asunto concreto. Hízolo así con aproximidamente cincuenta misivas que le fueron remitidas por católicos y anglicanos sobre el tema indicado, y después reunió el conjunto en un opúsculo intitulado *Catholicism to-day*. El escritor que promovió toda esa correspondencia es sin duda un protestante, ya que formula contra la Iglesia varios de los cargos más usuales entre sus correligionarios; pero en realidad no sólo no es radicalmente hostil sino que hay en su texto manifestaciones de simpatía para con aquélla, por ejemplo cuando celebra el combate heroico que sostiene en Europa Oriental para la defensa de los derechos tanto cristianos cuanto humanos. Y en muchos de los documentos emanados del mismo bando nota algo como el secreto anhelo de que desaparezcan las divergencias entre ambas "confesiones", y se pueda volver a la unidad. El hecho es tanto más significativo cuanto que esta serie de publicaciones ha tenido cabida en el *Times*, periódico que hasta ahora nunca se distinguió por sus simpatías para con los católicos, ya que representa la más terminante orientación anglicana que exista en Gran Bretaña.

Cuando hacia 1868 el ilustre orador español Aparisi y Guijarro decía en las Cortes "los partidos medios se van", exponía un pensamiento cuya exactitud han ido confirmando los acontecimientos posteriores. Percibía hace ochenta años que la marejada atea y revolucionaria batía con encono las playas del liberalismo moderado, y acabaría por invadirlas. No veía con tanta claridad la posición futura del catolicismo, porque al fin y al cabo no era un profeta; pero estaba seguro de que quienes pretendieran en adelante servir a dos señores no podrían mantener su inestable equilibrio, y si no volvían a un cristianismo integral serían absorbidos por el nihilismo intelectual y social que irresistiblemente avanzaba. Nosotros venimos presenciando las últimas etapas de ese proceso, y muy probablemente la generación que hoy vive será actora en las últimas escenas del drama. Ahora bien, entre los hombres numerosísimos que se apartaron de la Iglesia pero que sienten repugnancia a las soluciones extremas propuestas por el comunismo, existe una inquietud profunda: no saben hacia dónde volverse. Me refiero sobre todo a aquellos que están dotados de un valor intelectual, y que buscan en la vida algo más que la riqueza o el placer de los sentidos. Los tales no pueden contentarse con soluciones superficiales. Más allá de los problemas planteados por las formas políticas, las relaciones económicas, la organización de la familia, las escuelas literarias y artísticas, las vinculaciones internacionales, e influyendo sobre todos ellos, existe otro, que hace alrededor de treinta años un hombre entonces joven, Marcel Arland, recordaba a Jacques Rivière cuando éste veía en las manifestaciones surrealistas nada más que una moda implantada por retóricos: "todas las cuestiones, decía Arland, se reducen a una: la de Dios ..., Dios, tormento eterno de los hombres, ya se empeñen en crearlo, ya en destruirlo. Pero un espíritu en el que la destrucción de Dios se ha realizado ... ¿con qué llenará el vacío que ha quedado en él? ...

Mientras no nos hayamos habituado a ese estado nuevo, todas las cosas nos parecerán despreciables, y nosotros antes que todo lo demás... El hombre no se consolará de la pérdida de Dios en pocos años". Estas palabras no emitían un sonido estrictamente católico, pero expresaban una verdad. La prueba de ello nos la viene dando el existencialismo: filosofía, literatura, y sobre todo estado espiritual; los hombres de esta escuela que a diferencia de Gabriel Marcel, por ejemplo, no llegan hasta el cristianismo, caen en la teoría y a veces en la práctica de la desesperación.

Aun entre los comunistas los hay, muy sinceros —a alguno he conocido— que en lo más secreto del alma experimentan eso que ha dado en llamarse la angustia metafísica. Claman sus afirmaciones materialistas como gritan los chicos en la noche: para mostrar que no tienen miedo, que están seguros de sí mismos. Pero, aún fuera de algunas conversiones clamorosas, entre hombres que no figuran en el plano político pero que gustan de ir hasta el fondo de las cosas, se encuentra con cierta frecuencia una inquietud que se basa sobre todo en lo siguiente: aman la justicia y la fraternidad universal, creen que sólo mediante ellas podrá la humanidad ser dichosa, pero en las doctrinas materialistas que son propias del marxismo no hallan fundamento sólido para sentar esas dos afirmaciones que para ellos son irremplazables; sólo un Absoluto puede proporcionárselo, y el Absoluto necesariamente ha de ser espiritual en el sentido estricto del vocablo. Todavía no ha sido completamente ahogada en el ruidoso mundo contemporáneo la voz de Cristo, ni ha sido eliminada radicalmente su presencia y su figura; ahora bien, quien oyó alguna vez aquélla, y contempló ésta, ya no puede olvidarlas.

Más de una vez he reflexionado sobre la forma en que se reproduce, en nuestros tiempos, el episodio de Zaqueo narrado por el evangelista San Lucas. Cristo penetra cierto día en los suburbios de Jericó. La muchedumbre avanza, compacta y lenta, escuchando las palabras que pronuncia el Maestro, asediándolo con pedidos, observando sus actitudes. A orillas del camino aguarda un hombre solitario: es de edad algo avanzada, de posición económica desahogada, jefe de los recaudadores de tributos de la zona; se llama Zaqueo, conocido en toda la región. Ha oído hablar de Jesús, pero no lo ha visto nunca, y quiere percibir su rostro. Al hallarse las primeras filas a su altura, intenta penetrar en la masa, pero ésta, apiñada, le cierra el paso. ¿Qué hacer? Nos lo dice el evangelista. El hombre grave corre como un niño, se adelanta a la multitud: es pequeño de estatura, pero en su fervor da con la solución. Ve un árbol, un sicómoro de alta copa y ramas horizontales, y olvidando su edad y su posición social se trepa. Nos dice el texto sagrado que Cristo, al llegar a este punto, levantó la cabeza, miró a Zaqueo y le dijo: "baja, porque deseo comer hoy en tu casa". ¿Quién podrá decirnos lo que fué el encuentro de esas dos miradas? No olvidemos que del choque no nació simplemente un afecto humano, una simpatía, un respeto, un acatamiento, una admiración entusiasta, sino un acto de fe sobrenatural: instantáneamente Zaqueo creyó en la divinidad de Jesús; ese mirarse transformó al israelita para el tiempo y para la eternidad.

Imaginémonos, si es posible, al Maestro deambulando con la magestad solemne y hueca de un doctor de la Ley, con la compostura oficial de un fariseo, o por el contrario con la condescendencia populachera de un agitador político: de seguro el efecto habría sido sustancialmente distinto, porque Cristo habría parecido a Zaqueo igual a otros hombres innumerables que había encontrado en la existencia. La sagrada Humanidad del Redentor estaba en armonía perfecta con el Cordero de Dios que venía a redimir los pecados del mundo. Poco importaba su pobreza exterior, la amable sencillez de sus modales, la llaneza de sus discursos: todo ello constituía en realidad un camino que conducía a lo otro, a lo esencial, al Verbo encarnado. Aun humillada hasta los últimos extremos concebibles, en el supremo abatimiento de la Cruz, la Humanidad de Cristo, destrozada y escupida, hecha, según la palabra de Isaías, oprobio de la plebe, no fué obstáculo a que el ladrón, en las palabras que brotaban de los labios cárdenos de Jesús, percibiera su Divinidad, le rindiera el tributo de su adoración, y salvara su propia alma.

Ahora bien, conforme lo indiqué en párrafos anteriores, abundan más de lo que vulgarmente se cree los hombres que —muy alejados de Cristo— conservan todavía en el fondo de su alma la nostalgia y apetencia del Redentor. Se sienten esclavos o, para emplear el vocablo de Marx, enajenados; aspiran a una liberación positiva. Las filosofías contemporáneas se la brindaría sólo intelectual y fragmentaria, y esto no les basta; Marx se la ofrecería, aparente, no sólo en el terreno social sino también en el espiritual; pero aquéllos no la aceptarán más que si no encuentran otra, y sienten —y también a veces dicen— que la liberación marxista por una parte es insuficiente y por

otra envuelve un complejo de servidumbre a la colectividad que la hace inhumana. Quisieran una distinta, y confusamente perciben que se la podría quizás encontrar en Jesús. No están absolutamente seguros de ello, pero dudan, y en lo íntimo de su ser esperan. Buscan un camino para la marcha de su espíritu, pero muchas veces no lo hallan. ¿Por qué? Aquí abordo uno de los problemas más dolorosos de nuestra época, y he de expresar mi pensamiento con franqueza absoluta, porque de lo contrario no valdría la pena escribir.

Así como durante la vida temporal de Cristo sobre la tierra, quienes se aproximaban a El podían llegar hasta su Divinidad por la vía de su Humanidad sacratísima, su presencia, su mirada, sus palabras y sus hechos, así también durante la vida real de Cristo en la Iglesia militante, la que se debate en el mundo que pasa, los hombres que buscan a Aquél habrán de percibirlo a través de su Cuerpo Místico. Cristo no ha querido que bastara la sola lectura del Texto Sagrado, escasamente inteligible para el vulgo, e instituyó la Iglesia encargada de exponer su sentido. A aquel Cuerpo jerárquicamente constituído, a quien fué encomendada por Jesús la predicación de su palabra y la administración de sus sacramentos, pertenecen cuantos bautizados no renunciaron a hacer profesión de cristianos. Todos, en conjunto, pastores y fieles, Iglesia docente e Iglesia discente, los de ayer, de hoy, de mañana, formamos lo visible del Cristo eterno, *somos lo inmediatamente perceptible de El*, lo que los hombres ven y oyen, lo que les proporciona, bien o mal, un primer elemento de juicio acerca de El. De ordinario, la gracia no llega a las almas sino a través de este Cuerpo, y no mediante una iluminación directa que prescinde de la acción humana. Son ciertas agrupaciones protestantes, y no el catolicismo, quienes afirman que Cristo nace *siempre* en cada alma por acción inmediata, y no a través de una Iglesia constituída. Nosotros, católicos, desde el Soberano Pontífice hasta el último de los fieles, somos de manera inadecuada e imperfecta, puesto que hombres, pero real y visible, el rostro, la palabra, la acción de Cristo sobre la tierra; el primer contacto entre El y quienes consciente o inconscientemente lo buscan se efectúa habitualmente en el Cuerpo Místico.

De ahí la sustancial diferencia que existe entre el escándalo pagano, o ateo, y el cristiano; aquél es un tropiezo puesto en el camino de la virtud natural; éste es un obstáculo levantado en la marcha hacia Cristo. Un Nerón, o un Eliogábalo, con su vida y sus costumbres inducen al vicio..., y a veces con sus demasías apartan de él, pero en el peor de los casos no alejan más que de Júpiter, o de Baal, o de Séneca, o de Epicteto. Pueden hacer daño, de hecho lo producen, pero hieren más superficialmente a las almas. No nos sorprende que las hetairas de Corinto, o las de cualquier ciudad moderna, se conduzcan desvergonzadamente: con ello no ocultan las íntimas deficiencias de la civilización pagana, antes bien las ponen de manifiesto. San Pablo, en la Epístola a los cristianos romanos, hace notar que "puesto que los gentiles carecen de ley, es natural que haciendo lo que es de ley, aunque ellos no la tengan, son ley para sí mismos": ignoran positivamente la Ley de Dios, y entonces siguen sus impulsos naturales, tanto que aun cuando obren conforme a la Ley Divina lo hacen no para acatar a ésta sino para atenerse a su modo personal de ver. No debe, pues, sorprendernos en ellos el escándalo, por el contrario, demuestran con él la necesidad de la Ley; son en cierto modo, con sus enormidades, una demostración negativa pero eficaz de que sin Ley de Dios la humanidad corre al precipicio.

Cosa diametralmente opuesta ocurre con el escándalo cristiano. Hemos repetido innumerables veces, de veinte siglos a esta parte —y con toda razón— que Cristo vive en nosotros y que en cierto modo somos sus personeros. Querrámoslo o no, aparecemos ante los ojos del mundo como Cristo espiritualmente encarnado en nosotros, y se lo hace responsable de nuestras fallas. *No debería ser así, pero de hecho es*, y dada la doctrina del Cuerpo Místico no veo cómo pueda ser de otra manera. Somos testigos de Cristo; en cierto modo somos el testimonio de Cristo durante el lapso de tiempo en que personalmente vivimos. De ahí que nuestro escándalo tenga un alcance infinitivamente mayor que el pagano: la frase que sigue es tremenda y nada más que aproximativamente exacta, pero tampoco del todo falsa: cuando escandalizamos, hacemos que Cristo escandalice en nosotros, y como personeros de El alejamos a las almas de su vera. Por esto dijo el Salvador: ¡ay de quien escandalizare a un débil, más le valiere no haber nacido! Y al hablar así no se refería sólo al escándalo pagano, y ni siquiera al judaico, sino al cristiano.

No puede ser de otra manera. La gracia divina no es algo añadido por fuera, sino que nos informa por dentro de lo más profundo de nuestro ser espiritual desde el momento mismo en que nos elevamos al orden sobrenatural: Cristo no dijo que era una vesti-

dura, sino una vida. Estamos, según la frase muchas veces repetida de la Biblia, *incorporados* a El, hechos una sola cosa con El; la gracia crea entre El y nosotros una solidaridad fundamental. De donde se sigue un principio de responsabilidad que no se encuentra absolutamente en ningún otro orden de actividad humana: manifestar a Cristo u ocultarlo, *ser su rostro o su máscara*: he aquí el dilema que se nos plantea desde la hora de nuestro bautismo.

Acudamos a la realidad vivida. ¿Cuál es la característica espiritual de un Francisco de Asís, de un Vicente de Paul, o más cercano a nosotros de un Carlos de Foucauld? Nunca constituyeron un tropiezo para los que intentaban aproximarse a Cristo, jamás modificaron en un ápice su divina figura, sino que en su existencia personal mostraron todo el esplendor de Aquél a quien estaban incorporados. No escandalizaron. Algunos ejercieron el apostolado de la palabra, otros el del trabajo callado, o de la caridad heroica, o de la plegaria ardiente, o del magisterio entre niños; pero todos, sin excluir uno solo, realizaron el de la presencia; y no de la presencia de ellos mismos sino de la de Cristo en su vida. Zaqueo, al verlos, habría podido reconocer al Redentor.

Por debajo de ellos, otros cristianos hay que no llegan a representación tan perfecta; es lástima que así sea, y nunca los tales habrán de resignarse a sus propias fallas; pero al menos no falsearon positiva y determinadamente la visión que de Cristo puedan alcanzar sus hermanos. Abundan en cambio de sobrada manera los que cubren al Redentor con una máscara que inspira repugnancia, y que rechaza a las almas anhelosas de conocerlo. Son los que constituyen lo que Berdiaeff llama amargamente "el mundo de los cristianos", no porque *todos* los cristianos sean así, sino porque en este período de crisis que viene desde el siglo XVI y se intensifica día a día, caracteriza ese ambiente colectivo que a pesar de su modo de ser pretende encarnar los principios cristianos.

Siempre, aun en las peores circunstancias, hubo, en las colectividades evangelizadas, cristianos eminentes, verdaderos héroes de la fe, que a pesar de todo y contra todos —aun sus correligionarios tibios— fueron con su vida testigos de Cristo. Pero Zaqueo no está, humanamente hablando, en condiciones de buscar dentro de la muchedumbre las individualidades destacadas que constituyen por decirlo así una excepción, realizando para ello un análisis que exigiría cierto conocimiento positivo de lo que el cristianismo incluye: considera el común de las gentes, y por ellas se guía. En observando alrededor de sí a un mundo de cristianos egoístas, o mezquinos, o tacaños, o duros con quienes no piensan como ellos, o entregados a las sugestiones del dinero, o excesivamente sometidos a los poderosos del día, o practicantes de una religión puramente ritualista y sentimental sin positivo contenido doctrinario, Zaqueo será inducido a creer que tal es el cristianismo real, y se alejará de él no porque ha visto el rostro de Cristo sino porque sólo percibió una máscara que aquéllos presentaron como rostro verdadero.

Ahora bien, ¿quién podrá negar que todo ello ocurre con demasiada frecuencia? Estudiemos imparcialmente la historia de estos últimos siglos. ¿No vemos a cada momento la doctrina católica utilizada para mantener la sumisión económico-social de clases enteras? ¿No damos con el pretexto religioso empleado para justificar guerras de conquista inaceptables? ¿No hemos visto en el decurso del siglo XX el ataque fundamental a la persona aprobado bajo el pretexto de mantener un orden cristiano? ¿No se ha ocultado a veces el racismo antisemita bajo la capa del celo por la fe? ¿No hemos tropezado con la riqueza, en su sentido más materialista, considerada como elemento *indispensable* del apostolado? Podría alargar la lista; no quiero hacerlo, pero en la lectura de ciertos libros cuya sinceridad es indiscutible, y que denuncian el sufrimiento de almas que buscaron de Cristo y —por culpa de cristianos— no han logrado dar con El, se adquiere la noción clarísima del escándalo a que antes me referí, y pienso en la tremenda sentencia de Jesús: ¡ay de aquel por quien sobreviene el escándalo, porque al tal más le valiera no haber nacido, o que en naciendo le hubieran atado al cuello una rueda de molino, y arrojado al agua!

¡Que Zaqueo levante los ojos, me dirá alguien, y que vea en los altares a las vírgenes cristianas! Sí, responderé, pero Zaqueo vive en 1950, y ve demasiadas sedicentes cristianas de hoy que visten con poco más que dos trozos de cinta de máquina de escribir. ¡Que Zaqueo recuerde a los mártires que morían por su fe! Es verdad, contestaré, pero Zaqueo tropieza hoy con un mundo de supuestos fieles que no son capaces de sacrificar a su fe una sola dulzura de la tierra. ¿A qué continuar, aquí también, la enumeración?, bastará para darle extensión acudir a las encíclicas de los últimos Pontífices, documentos profundamente reverenciados, frecuentemente citados, y bien poco acatados.

Sin embargo, aquí también "los partidos medios se van", y comienza a observarse la disociación, por decirlo así, entre los varios elementos que componen "el mundo de los

cristianos". Dentro de él, mientras por una parte algunos se dejan cautivar cada vez más por lo que no es cristiano, se nota por otra una vigorización del concepto y de la práctica del *testimonio* que permite esperar, a través de sólo Dios sabe qué padecimientos, un nuevo florecer de las virtudes teologales, y una espléndida lozanía del Cuerpo Místico.

Deseo subrayar con toda brevedad tres aspectos de este acontecimiento.

El primero está constituido por las múltiples canonizaciones y beatificaciones de siervos de Dios contemporáneos, fallecidos hace muy poco, que decretó el Sumo Pontífice. No todo es tibieza en la Iglesia, como lo pretenden algunos, y bien lo prueba el hecho de que, en nuestro mundo descompaginado, y en todas las formas de la vida civil, se hallan cristianos de tan alta virtud que el Supremo Jerarca puede colocarlos sin desmedro a la vera de los grandes santos que, a través de veinte siglos, demostraron mejor la acción de la gracia divina en las almas. La verdadera fuerza de la Iglesia es de orden sobrenatural, y se revela mejor en la santidad, una de sus notas características, —que en las obras inmediatamente atingentes a lo temporal: construcción de monumentos, fundación de universidades, protección del arte, reforma de legislaciones. En modo alguno quiero decir que esto último sea de poca monta; pero sí afirmo que todo ello debe considerarse como florescencia secundaria de una virtualidad esencial que se identifica con la gracia divina, vuelta hacia lo eterno.

El segundo aspecto consiste en el regreso a la era de los mártires. Recuerdo los tiempos de mi juventud en que el martirio, estudiado sobre todo en pasadas épocas de la historia, diez o quince siglos atrás, era mirado en lo contemporáneo como cosa propia de tierra misionera, infligida por torturadores extremo-orientales o por antropófagos polinésicos. Durante este último quinquenio hubo mártires en Alemania, Polonia, Checoeslovaquia, Yugoeslavia, Bulgaria, el territorio de la U. R. S. S., Hungría, las naciones bálticas, y poco antes en Méjico y España, es decir en países que podíamos imaginar exentos de la exigencia impuesta a cristianos de rendir el testimonio supremo de la sangre. Y nadie está en condiciones de afirmar que no ha de haber mártires mañana en París, Roma, Londres, Bruxelas, o cualquiera de las capitales americanas. El martirio ha resurgido en las tierras más antiguamente cristianizadas del mundo, y llega a convertirse en una característica sobresaliente de nuestra época. Lejos como nos hallamos, —por el momento al menos—, de los lugares en que tales acontecimientos sobrevienen, difícilmente nos damos cuenta del efecto que producen tanto en los incrédulos cuanto en los creyentes tibios; pero cabe recordar aquí la frase de Tertuliano: "la sangre de los mártires es semilla de cristianos"; y en efecto, al lado de dolorosas apostasías de que ni siquiera está exenta la totalidad del clero, obsérvase por doquiera una admirable consolidación de la Iglesia que, a través de padecimientos terribles, de muestra de una lozanía que muchos suponían definitivamente marchita. El fenómeno, en nuestra misma América, se ha manifestado en Méjico, de donde hace veinte años parecía desterrada la fe católica, y cuya renovación espiritual da lugar hoy a las más brillantes esperanzas.

El tercer aspecto de los que antes mencioné consiste en la difusión, en el mundo de los cristianos, de la doctrina y práctica del *testimonio*. Habría que entrar en una amplia exposición que no es de este lugar, pero cabe recordar algunos hechos. Ante todo la doctrina del Cuerpo Místico que, tradicional en la Iglesia desde sus primeros días, había ido pasando a un segundo plano en muchísimos escritos doctrinarios de estos últimos cuatro siglos, y que, sobre todo después de la encíclica de S. S. Pío XII, adquirió una extraordinaria reviviscencia: ella ha ahondado en el alma cristiana el sentido de la responsabilidad en el orden espiritual. Por otra parte la intensificación del culto propiamente litúrgico, con su valor de enseñanza y práctica comunitaria, va haciendo comprender a un número cada vez mayor de fieles la necesidad de presentar al mundo no creyente la acción sobrenatural de Cristo no ya sólo en almas individuales sino en la comunidad cristiana como tal. La Acción Católica, rectamente entendida sobre todo en sus alcances teológicos, va haciendo percibir a los fieles que la tarea apostólica no está reservada al solo clero, sino que cada uno de ellos, dentro de su familia, de su barrio, su municipio, su grupo corporativo, su profesión, ha de constituir un fermento de vida espiritual con la presente realidad del testimonio cotidiano. Están surgiendo instituciones religiosas propiamente dichas, —como las fundadas sobre la doctrina misionera del P. de Foucauld—, que llevan ese testimonio vital a las comarcas donde se ignora el cristianismo y a las clases sociales descristianizadas.

En síntesis, al lado de los que siguen empeñados en cubrir al Cuerpo Místico de Cristo con una máscara que lo desfigura, van multiplicándose los que se juegan enteros para que su rostro se vea. Y estos acabarán por vencer.

Gustavo J. FRANCESCHI

La Basílica Constantina y las Grutas Vaticanas

En el siguiente artículo el profesor Fernando Russo anticipa para CRITERIO una información acerca de las grutas de la colina Vaticana, debajo de la basílica de S. Pedro, acerca de las cuales hubo alguna información telegráfica en forma sintética, pero que no han sido descritas por ninguna guía de Roma después de los últimos descubrimientos hechos allí. Ni siquiera ha habido inauguración oficial de esas galerías. Se trata pues de una novedad absoluta. Nadie más competente para su descripción que el profesor Russo, encargado de redactar la guía de estos lugares rebosantes de recuerdos históricos. (Nota de la Redacción).

DURANTE la primera mitad del siglo IV, Constantino, el vencedor de Magencio y autor del edicto de Milán (313), dió comienzo a la construcción de las dos basílicas dedicadas a los Príncipes de los Apóstoles, la Vaticana y la Ostiense.

De interés particular es la Vaticana, iniciada por aquél el año 326 y terminada por su hijo Constante en 359. Se sabe que Constantino, para erigir la basílica Vaticana, hubo de afrontar un trabajo enorme. Ante todo, se tropezó con gruesas dificultades: destruir el Circo de Calígula, desviar el curso de la Vía Cornelia en cuanto era posible (vía seguida entonces por los peregrinos para ir al sepulcro de San Pedro), y aplanar en parte la colina Vaticana, todo lo cual hubo que realizar para no tocar el lugar de la tumba del primer Papa y para orientar la basílica según dicho sepulcro, que conforme a la antigua tradición debía hallarse siempre en el centro del ábside y en coincidencia con el eje de la nave (o sea el punto de encuentro de las dos ramas de la cruz latina). El lugar del sepulcro era tan sacro e incambiable que por ninguna razón podía ser removido. Teniendo todo esto en cuenta, piénsese a qué labor hubo de someterse el emperador Constantino para erigir la basílica en honor del Apóstol Pedro. Con los rellenos de tierra y con todos los demás trabajos de aplanamiento quedó enterrada una gran necrópolis pagana que existía junto al Circo de Calígula en el Vaticano.

Ninguna duda cabe, pues, de que la basílica Constantiniana fué planeada y construída teniendo en cuenta la posición del sepulcro de San Pedro.

El templo de Constantino estaba modelado según el prototipo de la basílica cristiana: pórtico cuádruple con atrio y la piña de bronce con el *cantharus* (fuente); cinco puertas en la basílica propiamente dicha: la central llamada también Regia, y las laterales: Guidgnia, Romana, Ravenense y del Juicio; cinco naves interiores de las cuales la mediana, amplia y espaciosa, dotada de pavimento marmóreo según era uso en las basílicas primitivas, y enriquecida de pinturas y mosaicos que representaban hechos del Antiguo y Nuevo Testamento y efigies de los primeros Papas. El ábside representaba el jardín del Paraíso, precedido por la "Confesión" y la *schola cantorum*. En el punto central rutilante de oro figuraba la imagen del Redentor, con el Príncipe de los Apóstoles que marchaba hacia el monte del Paraíso, de donde brotaban los cuatro ríos del Edén. Nos interesa sobre todo recordar la cripta de la Confesión, donde podía verse la tumba del Apóstol, la urna que contenía los sagrados huesos del primer Pontífice. Desde un portillo revestido de oro se podía de este modo contemplar y venerar el lugar del sepulcro, exactamente debajo del primer altar. No podemos dar por seguro que allí se encontraba la pesada cruz enjoyada ofrecida por Constantino y su esposa Helena; mas es indudable que el sepulcro del primer Papa era visible, siendo objeto del homenaje de los fieles que convergían allí desde todos los ángulos del mundo conocido.

El primer templo dedicado a San Pedro era rico de monumentos sepulcrales y de tumbas papales, príncipes imperiales y protectores. Bastaría aludir a la pérgola de la Confesión, al ciborio con columnas de pórfido, a los varios tabernáculos, plúteos, y a todas aquellas admirables obras de arte, en que pusieron mano, desde el período basilical al gótico, artistas sumos cuyos nombres son célebres (Mino de Fiesole, Arnolfo de Cambio, el Pollaiolo, Pedro Cavallini, Giotto, el beato Angélico, Perugino y otros más), para darse cuenta a distancia de siglos de las maravillas de la basílica Constantiniana. Diversas vicisitudes impusieron el arreglo edilicio del templo, que fué completamente rehecho bajo el Pontificado de Julio II, seguido por la obra indómita de total reconstrucción desde sus cimientos por los sucesores de aquél, Pablo III, Sixto V, Pablo V,

Urbano VIII, Pío VI. Se trataba de crear el Panteón del cristianismo sobre el área del Circo, en el lugar del martirio de Pedro y su sepulcro, para que Roma fuese digna sede del Vicario de Cristo. Desde la colina vaticana, consagrada por la sangre del Príncipe de los Apóstoles, la cruz de Pedro debía mirar hacia la Cruz de su Maestro en Jerusalén.

No es nuestro propósito ilustrar la basílica constantiniana que ya no existe, sino indicar los monumentos gloriosos que se hallan en la visita a las sagradas grutas.

Las primeras investigaciones arqueológicas en el subsuelo de la basílica Vaticana no son modernas. Remontan a 1594, cuando el Pontífice Clemente VIII erigió el grandioso altar mayor sobre el lugar del sepulcro de San Pedro, coronado después por el espléndido baldaquino de Bernini bajo el pontificado de Urbano VIII (1626). Y se sabe que Clemente VIII, al efectuar el reconocimiento del sepulcro del Apóstol, se preocupó inmediatamente de hacer cerrar la apertura desde la cual se veía la sagrada urna, levantando el altar sobre el otro más antiguo contruido por Calixto II (1119-1124), que a su vez recubría el originario del Papa Silvestre (314-336).

Tanto bajo Paulo V cuanto bajo Urbano VIII, con ocasión de la apertura de la Confesión y los fundamentos del baldaquino, se realizaron importantes descubrimientos, y salieron a la luz tumbas, sarcófagos, monedas y restos de una necrópolis pagana. Indiscutiblemente el sepulcro del primer Papa venía a hallarse exactamente dentro del área de esta necrópolis, extendida en la zona donde luego surgió la basílica de Constantino, que éste orientó hacia la tumba. Pero una racional reiniciación de las excavaciones desde 1941, y que duró varios años, ha puesto en claro testimonios gloriosos y abierto con motivo del Año Santo de 1950 las sagradas grutas en toda su extensión.

Estas grutas se dividen en dos grupos, las antiguas y las nuevas. Las primeras comprenden los subterráneos que, partiendo de la Confesión y al nivel de la antigua basílica, se prolongan hasta la Capilla del Sacramento y la del Coro. Estas fueron construidas por Jacobo della Porta, quien levantó el piso de la basílica para establecer un lugar de sepultura destinado a las numerosas tumbas de Papas, cardenales, príncipes, emperadores, artistas y demás personalidades, que durante siglos habían sido colocados a lo largo de las naves y en el pórtico de la basílica constantiniana. Las grutas nuevas, en cambio, están constituidas por el subterráneo en forma de hemiciclo, que tiene como centro la capilla del coronamiento de San Pedro, la cual es la más próxima a su sepulcro.

En este hemiciclo de las nuevas grutas, bajo los pontificados de Pablo V y Clemente VIII, fueron colocados numerosos fragmentos de la antigua basílica y sus adyacencias (entre otros el famoso sarcófago de Junio Basso), y al mismo tiempo que se llevaron a cabo insignes obras de arte, especialmente, como arriba lo dijimos, bajo el pontificado de Urbano VIII; ellas estaban relacionadas con las cuatro columnas sustentadoras de la cúpula, y de ahí partían los accesos a los ambientes subterráneos. Es claro que el conjunto de las grutas no ocupa más que una pequeña área bajo el pavimento de la basílica. Ella alcanza a una zona en parte inexplorada por evidentes motivos de estabilidad y seguridad de la mole de San Pedro. Téngase además presente la zona bajo el brazo de los santos Proceso y Martiniano donde estaba antiguamente el bautisterio de la basílica, y la que se halla bajo el brazo de los santos Simón y Judas. El semicírculo descrito por las grutas nuevas tiene



en su vértice una capilla en forma de cruz latina; de la pared oriental de esta última, donde surge un altar consagrado a San Pedro, se marcha hasta bajo el altar papal, que se levanta sobre un basamento que está a nivel del piso de la basílica antigua.

En ocasión de la sistematización del sepulcro de Pío XI en mármol de candolia, y junto a la tumba de Pío X, tuvo lugar el primer descubrimiento, que provocó la iniciación afortunada de los trabajos que han sido llevados a cabo en diez años (1939-1949). El hallazgo de un arcosolio determinó la apertura de un orificio con galería por la parte de la colina Vaticana, bajo la capilla del Sacramento. Se abrió de este modo el "cuniculo" de Clemente VIII, más allá del cual se ampliaron las excavaciones, también en sentido sur, con prolongación de las grutas por unos treinta metros, realizándose lo mismo en sentido norte por casi veinte metros, con lo que se interesaba el brazo izquierdo del crucero de la basílica. Se abrió una vía de ventilación para la capilla subterránea y sus anexos, todo lo cual estaba muy deteriorado por la humedad. La zona, llamada del Poliandrio, es de extraordinario interés porque ha hecho salir a luz los restos humanos allí colocados por Pablo V, y que han sido convenientemente ubicados en otro lugar. Gracias a todo ello sobrevino una ampliación más que doble de las antiguas grutas, con el descubrimiento de los cimientos y muros de la basílica constantiniana. Procediendo sistemáticamente, la Comisión Pontificia encargada de las excavaciones halló sarcófagos, epigrafías varias, objetos, monedas pertenecientes a una vasta necrópolis pagana. Bastaría aludir al estupendo sarcófago de Ostoria Kelidonia, mausoleo con pequeños nichos para urnas conteniendo cenizas: allí se observan dos copias de monstruos marinos y dos campos de strigillos, y a su lado un personaje viril con túnica y palio, y una matrona: léase la bella inscripción consagratoral (Vibio Jolao, secretario del emperador, dedica a su esposa Ostoria Kelidonia, mencionada como mujer ejemplar, de incomparable castidad y amor para con el marido). Otro mausoleo hay con el sarcófago de Famia Redenta y Aurelio Ermes, diversas tumbas y arcas, entre ellas algunas del siglo VI; admirable es el sarcófago con la historia de Jonás, importante para el ciclo relativo a la resurrección de los cuerpos y liberación de las almas, la orante, el pastor joven con toga; otro se halla dotado de su tapa, en la que está representado José en la cisterna, la epifanía, la cruz y la cátedra. Así aparecieron a la luz restos del cementerio cristiano que se hallaba junto al pagano. Muchas entre estas piezas sirvieron de ornato a la basílica constantiniana.

El conjunto de los trabajos realizados ha conseguido crear ambientes más amplios y cómodos para una sistematización racional, dividida por categorías, de todas las tumbas, comenzado por las de los papas para acabar con las de los príncipes. Con el arreglo, en sentido práctico, de la serie de sepulturas romanas, despejada ya de todo estorbo, se ha separado la necrópolis del plano superior de las grutas nuevas, y mediante una escala se ha logrado la conjunción de todas ellas. El ingreso actual en las grutas viejas se ha conseguido mediante la perforación, de casi once metros, realizada en el costado izquier-

do de la basílica, un poco más allá del arco de las campanas.

Admiramos así en el actual santuario de S. Pedro la estatua del Apóstol, de A. de Cambio, en la extremidad de las grutas; las naves laterales terminan en dos capillas, en la de la derecha está el mosaico del Redentor entre los Apóstoles; en la de la izquierda el sarcófago del Papa creador del Año Santo, Bonifacio VIII, obra atribuida a Cambio. A lo largo de los muros de dichas naves se han dispuesto los sarcófagos de los papas Marcelo II, Inocencio VII, Inocencio IX, Adriano IV, Urbano VI, Nicolás III, Julio III, Calixto III, Nicolás V, Pío II, el papa humanista, Pablo II, Gregorio V y otros. Añádensele los de Otón II y otros emperadores, príncipes y cardenales.

Monumentos del museo de S. Pedro, el de Pablo II, obra de Mino de Fiesole y Juan Dálmata, el de Pedro y Pablo obra de P. Romano, han sido colocados ahí para constituir una admirable galería, dominada por el lugar del sepulcro del Jefe de los Apóstoles como testimonio de la historia milenaria de la Iglesia Católica.

S. S. Pío XII ha afirmado repetidas veces, con el radio-mensaje de 13 de mayo de 1942 y con el discurso a los estudiantes de 30 de enero próximo pasado, que "bajo el punto central de la cúpula gigantesca estaba y está el lugar del sepulcro de *El*" (S. Pedro), y en el referido radio-mensaje el Sumo Pontífice ha hablado del importante descubrimiento, diciendo que exactamente bajo el altar de la Confesión se ha hallado un monumento anterior a la edad constantiniana, justamente aquel mencionado por el presbítero Gaio al final del segundo siglo... de quien trae Eusebio de Cesarea las palabras destinadas a refutar a los incrédulos: "yo te puedo mostrar los monumentos, los trofeos de los apóstoles, porque ya vayas al Vaticano, ya te encamines a la Vía Ostiense, encontrarás los sepulcros de aquellos que fundaron la Iglesia de Roma".

Y hoy todavía, después de haber admirado el templo máximo de la cristiandad en todo su esplendor, en la solemnidad del rito pontifical, postrémonos ante el sepulcro de *El*, del discípulo del Maestro, como los romeros antiguos, invocando a los Príncipes de los Apóstoles que han consagrado Roma con su sangre en el martirio: "Pedro y Pablo, proteged a vuestros siervos; ánimas santas, proteged al lector".

Fernando RUSSO
Profesor del Pontificio Instituto
S. Apolinario de Roma

La negación de sí mismo y el cristianismo

JESUCRISTO, que exigió a sus discípulos que abandonaran todas las cosas, tomaran su Cruz y le siguieran, insistió en que El no era de este mundo (Juan 8:23). La razón es clara. El "mundo", en el sentido de este Nuevo Testamento, se refiere a la sociedad de aquellos que no conocían al Dios Vivo ni podrían conocerlo porque vivían de acuerdo a principios que hacían imposible el desarrollo de la vida de la gracia en sus almas. "Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de carne, y concupiscencia de ojos y soberbia de vida, la cual no es del Padre sino del mundo" (1ª Juan 2:16). Jesús dijo a sus discípulos que aún los profesionalmente píos, los fariseos, cuyas vidas eran rígida y externamente austeras, se habían hecho incapaces de recibir en sus almas la Misión del Espíritu Santo debido a que "juzgaban según la carne" (Juan 8 : 15), y añadió "El espíritu es el que da vida, la carne nada aprovecha" (Juan 6:64).

Este Espíritu de Dios es llamado por Jesús "espíritu de verdad, a quien no puede recibir el mundo porque ni lo ve ni lo conoce" (Juan 14:17). Por otra parte, aquellos que son acuciados a una vida divina en Cristo, por este mismo Espíritu, entran en comunión íntima con la Verdad. Poseen la Verdad. Esta vive en sus almas. Y la "Verdad los hace libres". Cristo es la Verdad. Y para obtener esta unión con El, esta libertad basada sobre valores auténticos y firme adhesión a la voluntad de Dios, debemos necesariamente quitar de nuestros corazones toda adhesión a los valores falsos del mundo, y todo apoyo sobre nuestra propia voluntad. Porque en el egoísmo no hay libertad sino cautiverio. Y no hay visión salvadora en el intelecto huérfano del hombre caído. Las verdades limitadas que puede percibir le sirven solamente para enceguecerlo, desde que en la práctica jamás las dirige hacia lo único que importa: la gloria de Dios.

Cada página del Nuevo Testamento nos obliga a aceptar la conclusión que San Pablo expresó en lenguaje inequívoco: "Somos deudores, no a la carne, para que vivamos según la carne. Porque si viviéreis según la carne, moriréis, mas si por el espíritu hiciéreis morir los hechos de la carne, viviréis" (Romanos 8:12-13).

Hay todavía demasiadas personas que creen que abnegación cristiana significa abandonar todas las mejores cosas de la vida para pagar de mala gana un deuda de rencor a un severo Juez en el Cielo, que tiene sobre nosotros ese crédito porque hemos pecado, y que nos castiga privándonos de una felicidad a la que de otra manera tendríamos plenos derechos. Es éste un craso error. Sin embargo, aún aquellos que dicen que creen en un Dios de amor son capaces de cometer el mismo error de una manera más sutil y desviada. Saben que Dios es un Dios de amor. Quiere que seamos felices. Pero (y acá viene el error) sostienen que por ello no puede querer realmente que después de todo nos neguemos a nosotros mismos. Como se ve, ellos también piensan que nuestra felicidad estriba en las cosas buenas de la vida actual. También, quizá inconscientemente, tienden a basar muchas de sus decisiones prácticas en lo que llama San Pablo "la sabiduría de la carne".

•

De las pocas líneas de la Escritura que hemos transcripto, y del texto en que están, es fácil ver que, lejos de hacernos desgraciados, la auto-negación cristiana nos ayuda a encontrar la felicidad perfecta al conducirnos rápidamente al cumplimiento de nuestro destino sobrenatural. Los principios sobre los que San Juan de la Cruz basa su doctrina en la "Ascensión al Monte Carmelo" son alimento muy fuerte que no sugerimos sea incluido en la dieta de aquellos a los que una dieta de leche resultaría más beneficiosa. Sin embargo, aquellos principios siguen siendo claros y verdaderos. Cuando el gran Carmelita dice: "Para llegar a hallar placer en todo, desead no hallar placer en nada", nos enseña el camino más rápido hacia la felicidad. La segunda mitad de su frase es tan gráfica que puede llegar a hacernos olvidar la primera. Pero es, sin embargo, cierto que las pasiones y los deseos de la caída naturaleza humana, debido a su tendencia a enceguecer y debilitar y dejar ex-

hausta al alma, nos impiden constantemente colmar nuestras más altas capacidades, y por lo tanto frustran la necesidad de felicidad que ha sido plantada en todos nosotros. Ha sido enseñanza constante e ininterrumpida de los Padres y los Doctores de la Iglesia desde los primeros días del cristianismo, que una vida sin ascetismo es una vida de ilusión, irrealidad e infelicidad.

Santo Tomás nos enseña, en una sentencia terrible, la distancia entre el orden de la naturaleza y el orden de la gracia. Dice que el valor de la gracia en el alma de un hombre justo es más grande que el valor natural de todo el universo. Es obvio, por lo tanto, que si hemos de realizar nuestros destinos, convertirnos en lo que debemos ser, y hallar la felicidad tanto en esta vida como en la próxima, nuestra principal preocupación debe ser desarrollar la vida de la gracia en nuestras almas. Para conseguirlo debemos observar y controlar todos aquellos impulsos de esa otra "ley en nuestros miembros" que, desgraciada y prácticamente, está en conflicto con la vida de la gracia. "Porque el saber de la carne es enemigo de Dios, puesto que no está sujeto a la ley de Dios ni tampoco puede" (Romanos 8:7).

No obstante, nadie puede realmente abrazar el programa cristiano de ascetismo delineado en el Nuevo Testamento, a menos que tenga alguna idea de la función positiva y constructiva del negarse a sí mismo. El Espíritu Santo no nos pide nunca que renunciemos a algo sin ofrecernos en cambio otra cosa más alta y mucho más perfecta. Castigarse a sí mismo por el mero placer de hacerlo no tiene lugar dentro del cristianismo. La función de la negación de sí mismo es conducir al alma a un positivo aumento de energía y vida espiritual. El cristiano muere, no sólo por morir, sino para vivir. Y cuando toma su cruz para seguir a Cristo, se da cuenta, o por lo menos cree, que no va a morir a nada más que a la muerte. La Cruz es el signo de la victoria de Cristo sobre la muerte. La Cruz es el signo de la vida. Es la fuente de todo nuestro poder. Es el enrejado sobre el que crece la Viña Mística cuya vida es el goce infinito y cuyas ramas somos. Si deseamos compartir la vida de esa Viña, debemos crecer sobre el mismo enrejado y debemos sufrir las mismas podas. Deberán ser cortadas incluso expresiones sanas de vida natural y energía, fructíferas ramas de nuestra humanidad. No es sólo el mal que hay en nosotros lo que debe ser renunciado. Se nos exige que abandonemos muchas cosas buenas, pero sólo para conseguir algo mejor. "Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador... todo sarmiento que diere fruto, lo limpiaré para que dé más fruto" (Juan 15, 1:2). Sería muy poco razonable suponer que el viñatero ataca la vid con sus tijeras porque le tiene rencor, y quiere quitarle su zumo.

No hay manual más completo ni mejor de teología ascética que el Misal. Aparte de la enseñanza en las Epístolas y los Evangelios, que son la palabra actual de Dios, la Iglesia nos ofrece en sus cánones y otras oraciones, una teología exhaustiva y monumental sobre la negación de sí mismo y la vida sobrenatural. *Vivir* la Misa que todos ofrecemos, leer y comprender las oraciones de la Misa, e incorporarlas a nuestras vidas, es la mejor manera de adquirir el verdadero sentimiento cristiano de abnegación.

●

Sobre todo, el ascetismo cristiano es notable por su equilibrio, su sentido de proporción. No carga las tintas sobre el lado negativo de la vida ascética, ni tiende a halagar a la naturaleza humana disminuyendo responsabilidades o aguando la verdad. Nos muestra claramente que si bien no podemos hacer nada sin la gracia, debemos no obstante cooperar con ella. Nos advierte que debemos quedar sin reserva alguna con el mundo y todo lo que lo compone, pero nos sigue estimulando con la esperanza de la felicidad que está más allá. Pero lo que está por encima de toda característica en el ascetismo del Misal es que coloca al cielo, por así decirlo, en nuestros corazones, aquí y ahora.

¿Qué es la Misa? Es una participación en

la muerte de Cristo (por la que todos nuestros pecados son expiados) y en Su Resurrección la gloria (por la que Su vida divina se hace nuestra) y en Su Ascensión (por la que entramos con El en el cielo y nos sentamos a la diestra de Dios Padre). Los que ofrecemos el Santo Sacrificio y recibimos en nuestros corazones el Cuerpo y la Sangre del Salvador estamos ya comenzando nuestro cielo en la tierra. Es todavía un cielo poseído solamente en la oscuridad de la fe y la esperanza: sin embargo, el amor con el que Jesús nos une a Sí, nos da una certeza profunda, dulce y experimental de la unión de nuestras vidas con Su vida y con la de todos en El. Somos ya ciudadanos de esa Jerusalén que no necesita sol ni luna porque Cristo es la lámpara. He aquí, por ejemplo, una postcomunión elegida al azar en el Misal, que nos habla de la vida divina que estamos ya llevando en la tierra. La Iglesia se dirige a la Santísima Trinidad con estas palabras, después que el sacerdote ha recibido y distribuído la Comunión: "Que la virtud de este don celestial, Señor se adueñe de nuestras almas y cuerpos; para que no sea nuestro sentido, sino su efecto el que nos prevenga de continuo antes de obrar" (Domingo 15º después de Pentecostés).

Acá podemos ver, ante todo, que la Iglesia reconoce claramente cuál es su tarea. Dios ha colocado en sus manos instrumentos divinos para nuestra santificación —los Sacramentos—. En realidad, es El Mismo que, a través de la Iglesia, obra en nuestras vidas por medio de estos Sacramentos. ¿Qué hace El en nuestras almas? Se va apoderando gradualmente de todo lo que tenemos y de todo lo que somos, para adueñarse por completo de nuestras almas y cuerpos y de todas nuestras facultades, elevándolas sobre el nivel natural y transformándolas en Sí. En otras palabras, sustituye Su vida por nuestra vida. Sus pensamientos por nuestros pensamientos. Su voluntad por nuestra voluntad. Este proceso de transformación nos conduce al fin para el que hemos sido creados —la unión perfecta con Dios—. Es solamente cuando estamos unidos perfectamente con El que nos convertimos en lo que somos de verdad. Es sólo en El que podemos encontrar la felicidad auténtica. Es sólo en El que podemos apreciar finalmente el verdadero valor de Su creación. Si parece privarnos de bienes naturales, hallaremos que todos se nos devuelven en proporción de ciento a uno en El.

A menudo, en el curso del año litúrgico la Iglesia se queja, en nuestro nombre, por estar rendidos bajo el peso de nuestra propia actividad humana. ¡Esto parece raro! Tener libertad para hacer las cosas a nuestra manera, parecería, a primera vista, una bendición. Pero no. A medida que entramos en la vida ascética y avanzamos por los caminos de la negación de nosotros mismos, nos damos cuenta de que nuestro principal obstáculo y nuestro mayor peso es este cuerpo de muerte, este inescapable *yo* que llevamos por todas partes. No es nuestro verdadero yo. Es la caricatura de lo que deberíamos ser. Pero nos guía sin merced y, sin la ayuda todopoderosa de Dios, no nos lo podríamos sacar nunca de encima. Y es él quien nos hace actuar de acuerdo a "la sabiduría de la carne". El es el padre de todo nuestro mundanismo. Es el que impide nuestra liberación del "mundo", y nuestra transformación en Cristo.

Y así debemos recordar que nuestro ascetismo no está dirigido contra las cosas creadas como tales. Nuestro verdadero enemigo está dentro de nuestro propio castillo. Si debemos luchar contra las criaturas para combatirlo, ello se debe solamente a que se rodea con imágenes, sensaciones y delicias de cosas creadas y por lo tanto se fortifica contra todos los esfuerzos de la gracia para desalojarlo. Cuando la Iglesia ora, como lo hace frecuentemente, para que Dios nos conceda la gracia de despreciar las cosas terrenas y desear las celestiales, no quiere decir con ello que la creación sea mala, sino que el amor desordenado a las cosas creadas es malo.

¿Cómo mira la liturgia a las cosas creadas? Todos saben que la Iglesia, que sabe que toda la creación cayó con Adán, trata de levantar a toda la creación, junto con el hombre, en el Nuevo Adán, Cristo. Fué en Cristo que todas las cosas fueron hechas en primer lugar "Porque en El estaban todas las cosas creadas en el cielo y en la tierra... y El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El" (Col. 1, 16-17). Para liberar a la creación del poder del mal, la Iglesia tiene sólo que asociar las cosas creadas en la adoración del hombre al Creador. Así comienza una vez más a servir el propósito para el que fué creada —levantar al hombre, cuerpo y alma, a Dios—. "Porque toda criatura de Dios es buena, y no es de desechar nada de lo que se participa con hacimiento de gracias: *por cuanto se santifica por la palabra de Dios y por la oración* (I. Tim. 4:4). Basta fijarse en la liturgia del Sábado Santo en el *Exultet* (donde las abejas vienen por su medida de alabanza) y en la bendición de la fuente (donde la Iglesia se entusiasma

positivamente con el agua, llamándola "criatura santa e inocente"). Todo esto nos dice el respeto que tiene la Iglesia por la creación de Dios. Pero permanece el hecho de que no tiene respeto alguno ni por el "mundo" ni la "carne" y menos que todo por el demonio. Estas tres fuerzas producen actitudes mentales, modos de ver y hacer las cosas, que deben ser arrancadas de raíz del alma cristiana.

•

Deben evitarse dos extremos. Por un lado está el error de los que creen que la creación es mala y que buscan por lo tanto su salvación y santidad en un ascetismo exagerado que trata de separar enteramente al alma del resto de la creación. Esta es una enfermedad espiritual llamada "angelismo". Pero por otro lado está el error de los que actúan como si la caridad divina no tuviera exigencias prácticas sobre la conducta humana: como si la gracia fuera meramente una cualidad inyectada en nuestras vidas naturales, haciéndolas automáticamente agradables y meritorias a la vista de Dios, sin obligación alguna de nuestra parte en cuanto a una vida sobre el nivel sobrenatural de la fe y la virtud cristiana. Esta actitud usurpa a veces el nombre de "humanismo". Sobre los que sostienen este punto de vista, San Aelred de Rievaulx, cirtercense del siglo doce, escribió co nsorna: "Aunque no dicen «¡Comamos, bebamos y gocémonos porque manana moriremos!», dicen «¡Comamos, bebamos y gocémonos porque estamos llenos de caridad!»".

La verdadera santidad no consiste en tratar de vivir sin criaturas. Consiste en utilizar las criaturas en función de la voluntad de Dios. Consiste en usar la creación de Dios de tal manera, que todo lo que tomemos, veamos, usemos y deseemos, dé nueva gloria a Dios. Ser santos significa pasar a través del mundo recogiendo frutos para el cielo de todos los árboles y cosechando la gloria de Dios en todo campo y terreno. El santo es aquél que está en contacto con Dios de todos los modos posibles, en todas las direcciones posibles. Está unido a Dios en las profundidades de su propia alma, y ve y toca a Dios en todo y en todos a su alrededor. Doquiera va, el mundo suena y resuena (aún cuando silenciosamente) con las armonías puras y profundas de la gloria de Dios. Todo lo que toca es una campana de *sanctus* y un llamado a la adoración.

•

Pero Dios no puede ser glorificado por nada que viole el orden establecido por Su sabiduría. Este orden exige que el cuerpo del hombre, y todo lo que este cuerpo usa, esté sujeto a su alma, y que el alma del hombre esté sujeta a Dios. Este orden es absolutamente imposible, en nuestro estado actual, sin la generosa y aún severa práctica de la mortificación. Este orden fué completamente dado vuelta por el pecado original. El alma que está fuera de la órbita de la gracia de Dios no está normalmente gobernada por la razón, sino por la pasión. La mera posesión de la gracia no nos libera enteramente de este triste estado. Coloca solamente en nuestras manos las armas con las que debemos ganar nuestra libertad, ayudados por el poder de Dios, a través de los méritos de la Cruz de Cristo, en su Espíritu Santo. Pero los méritos del Calvario no pueden ser

aplicados a un alma que no entra de alguna manera en el misterio de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame" (Mateo 16:24). "Y los que son de Cristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y concupiscencias" (Gálatas 5 : 24).

No podemos usar las cosas creadas para la gloria de Dios a menos que tengamos el control de nosotros mismos. No podemos tener este control si estamos bajo el poder de los deseos, apetitos y pasiones de la carne. No podemos darnos a Dios si no nos pertenecemos. Y no podemos pertenecernos si pertenecemos a las criaturas.

La verdadera función del ascetismo es, entonces, liberarnos de los deseos que rebasan y esclavizan nuestras almas hechas para la unión con Dios en el puro amor y aún en la contemplación. El verdadero propósito de la negación de sí mismo es entregar las facultades de nuestra alma y cuerpo al Espíritu Santo para que pueda obrar en nosotros la labor de transformación que es Su obra maestra, y que avergüenza a todo el resto de la creación.

San Gregorio Nacianceno habla del alma cristiana como "instrumento tocado por el Espíritu Santo". La meta del ascetismo es mantener este instrumento afinado. La mortificación no es simplemente la amortización progresiva de la vitalidad natural. Ese es un punto de vista muy burdo. Es más bien como el estiramiento de una cuerda de violín. No es cosa de girar y girar hasta que la cuerda se rompa. Eso no sería santidad sino insania. No: lo que debemos hacer es llevar las cuerdas del delicado instrumento que es nuestra alma, al tono exacto que desea el Espíritu Santo de nosotros, para que El pueda producir en nosotros la melodía exquisita del amor divino que fuimos creados para cantar ante el rostro de nuestro Padre celestial. El descuido de esta verdad nos conduciría a un ascetismo falso y meramente cuantitativo que colocaría su mira principal en un simple atletismo espiritual, sin hacer nada por el desarrollo de las profundas capacidades espirituales del alma.

El ascetismo falso no está en consonancia con el Espíritu Santo porque es una perversión de la gracia. Y es también una perversión de la naturaleza. No hace nada por perfeccionar el alma. Frustra la obra de Dios y disminuye toda nuestra capacidad natural y sobrenatural para el bien. El falso asceta es por lo general un ser que desarrolla una especie de doble personalidad. La mitad de su personalidad se arma contra la otra mitad y trata de destruirla. Pero no tiene éxito. ¿Qué sucede entonces? La mitad suprimida de este desgraciado ser se retira a las profundidades del alma, y allí las tendencias naturales y sanas se vuelven disposiciones viciosas y enfermas del alma. Por eso aquellos que se niegan a sí mismos de manera cruda y humana suelen ser orgullosos, irritables y sin caridad. Por eso, hombres que habrían podido ser santos se han convertido en fanáticos y han perseguido a los santos, quemándolos en la parrilla.

•

La función de la negación de sí mismo es llevar paz al alma turbada por todas las preocupaciones y angustias y pesares y desasosiegos que siguen inevitablemente a la adhesión a las cosas creadas. El ascetismo es el archi-enemigo de toda preocupación porque quita de raíz toda planta generadora de frutos de angustia. El asceta, por lo tanto, será un hombre feliz y tranquilo. Su voluntad será un alma sencilla y límpida, como una laguna de agua clara en la que el resplandor de la presencia de Dios puede entrar sin obstáculos, para iluminarla y penetrarla por completo. Pero su tranquilidad depende de la virtud de la discreción. Dios exige que todos los cristianos se nieguen a sí mismos, pero no pide la misma clase de renunciamiento a un ama de casa con diez hijos que a un monje trapense. A la larga, podría muy bien suceder que el ama de casa se hubiera mortificado más que el monje; pero no se espera que haga penitencia de la mis-

ma manera. Su negación de sí misma debe medirse por los deberes de su estado de esposa y madre.

Cualquiera sea el modo y medida de la negación de sí que Dios nos pide (y este es un asunto que no puede ser realmente decidido sin oración y dirección espiritual) todo el ascetismo cristiano se caracteriza por su integridad y su equilibrio. Cristo no admite divisiones. El que no está con Jesús está contra El. No hay transacción entre la luz y las tinieblas, entre el templo de Dios y los ídolos. Dios nos pide que Le demos todo. Pero ya hemos dicho qué significa esto: el uso de todas las criaturas sólo para Dios. En consecuencia, nuestro ascetismo debe estar siempre equilibrado. El verdadero asceta no es aquél que nunca descansa, sino el que descansa en el momento exacto y en la medida exacta, que ordena toda su vida, bajo la guía directa del Espíritu Santo, de manera que trabaja cuando Dios quiere que trabaje y descansa cuando Dios quiere que descanse y ora constantemente a través de todo por un sencillo y amante atisbo que mantiene su corazón y su mente unidos con la Santísima Trinidad en las profundidades de su alma.

Para una persona tal, la Cruz es siempre instrumento de fortaleza y paz. "Porque estoy clavado a la Cruz con Cristo", dice Santo Tomás de Aquino, parafraseando a San Pablo y comentándolo, "porque estoy clavado a la Cruz con Cristo tengo poder para hacer el bien". Sin la Cruz, hay poca vitalidad espiritual en nuestras labores por Dios y Su Iglesia.

En un mundo en que existen tantos sufrimientos involuntarios, no es extraño que haya muchos hombres y mujeres que comienzan a descubrir en sí mismos un deseo completamente extraño de encarar penitencia y mortificaciones para las que no hay obligación estricta. Ese es un buen signo. Doquiera obra el Espíritu de Dios, aleja a los hombres de la "sabiduría de la carne". Les permite saborear algo de la dulzura de Dios, y esto les hace notar la corrupción que hay en el mundo a su alrededor. Placeres y realizaciones que una vez deleitaron sus espíritus, se convierten ahora en cenizas apenas son saboreados, y viene a ser un placer para esas almas generosas pasarse sin las cosas buenas que la mayoría de los hombres han llegado a considerar casi indispensables.

Pero cuanto más arrastra el Espíritu Santo estas almas a Dios, más se dan cuenta ellas que la santidad no es meramente un asunto de "prácticas ascéticas". Ayunos y penitencias adquieren su verdadera importancia cuando se los vé como medios para un fin. Ese fin es el don total de nosotros a Dios en una abnegación interior que penetra hasta lo más profundo y sustancial del alma, holocausto que no deja nada que nuestro orgullo pueda seguir contemplando con satisfacción. Raras son las almas que viajan tan lejos. Pero es la suya felicidad sublime. Desde que ya no pueden encontrar gozo sino en Dios, hallan gozo supremo en todo porque Dios es todo en todo.

Thomas MERTON

[1] Thomas Merton (Padre M. Louis, O. C. S. O.) es un monje trapense cuya autobiografía "The seven storey mountain" constituye hoy día el suceso editorial mayor de los Estados Unidos.

¿Tercera posición o socialismo?

"NO he de ocultar que me inquieta el primer párrafo del preámbulo que puso la Confederación General del Trabajo a su Estatuto tal cual fué sancionado en 1936: "declara que el actual régimen social capitalista, fundado en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, es para la clase trabajadora una permanente causa de explotación, injusticia y miseria", lo cual, al considerar la propiedad privada como *mal en sí*, incurre netamente en la tacha marxista". Así escribía Mons. Franceschi en el segundo de los artículos editoriales de esta revista que llevaban por título: "Los derechos del trabajador", publicados en las entregas de CRITERIO correspondientes al mes de marzo de 1947.

Nunca fué un secreto la orientación ideológica de la C. G. T. durante su período de vida anterior a la revolución del 4 de junio de 1943. Es indiscutible —empero— que a raíz de los acontecimientos político-sociales que se iniciaron a poco de producirse el movimiento revolucionario, y particularmente con el triunfo del peronismo en las urnas, hubo en la C. G. T. cambios importantes, tanto en lo que se refiere a personas como a métodos y (al menos en apariencia) a ideas.

Si admitimos que el órgano periodístico oficial de esa central obrera refleja fielmente en sus páginas el sentir de quienes la gobiernan, sería injusto negar que a través de estos últimos años se ha podido observar en las páginas de "C. G. T." (que así se denomina dicho órgano), una modificación algo más que accidental en sentimientos y doctrinas. En efecto: se comienza por suprimir toda alusión favorable al marxismo, al tiempo que se exterioriza una fervorosa adhesión al entonces coronel Perón y a su obra al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Luego se adopta una posición abiertamente anticomunista, que llega a caracterizarse por su energía. Se exalta la memoria de los próceres, los símbolos y valores patrióticos, especialmente con motivo del año sanmartiniano. No solamente desaparece de sus páginas toda alusión hostil a la religión y a la Iglesia, sino que se publican artículos doctrinarios que invocan la autoridad de Santo Tomás de Aquino, Vitoria, etc., destacándose especialmente frecuentes menciones de las Encíclicas "Rerum Novarum" y "Quadragessimo Anno" (1). En lecciones de doctrina social se desarrollan conceptos sobre la sociedad, el individuo, la familia, etc., que podrían ser suscriptos por cualquier católico, tan firme es su ortodoxia (2). Ultimamente, el actual Secretario General de la Confederación General del Trabajo, señor José G. Espejo, ha venido publicando en "C. G. T.", y con carácter de editoriales, una serie de artículos sobre el tema "Contenido humanista de la doctrina peronista", evidentemente inspirados en una filosofía antagónica a la del marxismo, pues que reconoce la existencia del alma espiritual y la primacía de los valores morales.

Ni qué decir tiene que los católicos hemos visto con sincera complacencia esta transformación, y hemos anhelado que ella fuera verdadera señal de una completa liquidación de la influencia ideológica marxista en los grandes núcleos directores del movimiento obrero argentino.

Quedaba, sin embargo, una aguda espinilla hiriendo la sensibilidad de nuestra conciencia católica. La Confederación General del Trabajo continuaba, seis años después de la revolución, con el Estatuto socialista. Por esto, no fueron pocos los que —dentro y fuera de la clase trabajadora— se alegraron ante la noticia de que la central obrera convocaba a los delegados sindicales de todo el país a un congreso, en el cual se procedería, principalmente a modificar el Estatuto de la entidad. Importantes sectores de la vida nacional aguardaban con extraordinario interés la anunciada reforma. Ella pondría de manifiesto la actual posición ideológica de la C. G. T.

Como se esperaba, el congreso, cuyas sesiones finalizaron el día 19 del mes ppdo., incorporó al Estatuto las declaraciones de los derechos del trabajador y de la ancianidad. Pero, en medio de las reiteradas expresiones de adhesión a la doctrina peronista y de patriótico fervor, los congresales permitieron que se deslizara una breve frase en el Preámbulo del Estatuto. Frase pequeña como la semilla de mostaza, pero que encierra ella sola más virtualidades teóricas y prácticas que todos los demás elementos ideológicos que integran el referido preámbulo. Indudablemente que para muchos, esas pocas palabras serán motivo de justificada alarma,

(1) En "C. G. T.", del 11 de junio de 1948, en un artículo titulado "La justicia social", se comenta el mensaje de Su Santidad Pío XII, en el día de su onomástico.

(2) Véase: "Lecciones de doctrina social peronista", serie de artículos que se comenzó a publicar en noviembre de 1947.

tanto por las realidades presentes que denotan como por las consecuencias futuras que entrañan.

Según hemos podido ver en los diarios del día miércoles 19 de abril, entre los considerandos de la declaración que encabeza el nuevo Estatuto de la C. G. T., figura uno que dice así: "y que el proceso de realizaciones *hacia la gradual socialización de los medios de producción y de cambio*, impone al proletariado el deber de participar y gravitar desde el terreno sindical", etc.

Es decir, que no obstante la inclusión de los Derechos del Trabajador (3) y las repetidas muestras de adhesión a los postulados sociales del peronismo (4), la llamita de los anhelos colectivistas continúa encendida entre quienes manejan el timón de la central obrera en esta nueva etapa de su existencia. Hemos estudiado atentamente el texto y el contexto, y lamentamos tener que declarar que no pudimos hallar otro sentido para la frase: "gradual socialización de los medios de producción y de cambio".

Quisiéramos saber por qué motivo, ya que se reconoce en el mismo preámbulo que la labor anterior de la C. G. T. "fué orientada por sistemas ajenos a su medio, extraños a su tradición, por carecer de una doctrina esencialmente nacional", los delegados reformadores del Estatuto no soplaron con la fuerza necesaria para apagar esa llamita siempre tan hambrienta de combustible...

La verdad es que no podemos silenciar nuestra inquietud ante esa frase que nada tiene de ambigua ni de equívoca. Está bien claro que el adjetivo "gradual" no modifica la esencia marxista del considerando, en absoluta contradicción con la doctrina de la "tercera posición" sustentada por los delegados de la C. G. T. en la 30ª reunión de la Conferencia Internacional del Trabajo, la adhesión a cuyos postulados reclama al nuevo Estatuto por considerarlos "reglas insuperables para orientar a los trabajadores argentinos".

Ignacio MILES

(3) Respecto de esta Declaración, dice Mons. Franceschi en el artículo citado: "No cabe duda de que la Declaración de los derechos del trabajador es capaz de una interpretación que en nada se opone a la doctrina católica, antes bien y por el contrario parece buscar conformarse con ella".

(4) Precisamente en el acto organizado por la Confederación General del Trabajo, el 24 de febrero de 1947, y en el que tuviera lugar la solemne entrega de la Declaración de los derechos del trabajador, dijo el General Perón: "Esa conclusión no nos ha de llevar a enrolarnos en las doctrinas colectivistas"... Y más adelante: "Ello ha de contribuir, sin duda, a evitar el aluvión colectivista que... amenaza destruir las instituciones liberales". Ocho meses después, al exponer ante el Congreso el Plan Quinquenal, el Presidente de la República afirmó: "No somos en manera alguna enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores".

Cristo y la enseñanza

...JESUS, el Divino Maestro, no tuvo escuela. El mismo fué una escuela. Sembrador de inquietudes a lo divino, despertó en los corazones el incendio de las sagradas libertades; dió cuerpo al concepto de la justicia entre los hombres; desde su cátedra que conoció todos los caminos, enseñó a las muchedumbres en que fermentan los odios, el celeste mandato "Amáos los unos a los otros"; enalteció la concordia, impuso la caridad, hizo del amor fraterno entre los hombres la bandera de sus enseñanzas. Descubrió mundos desconocidos para la inteligencia; alentó los ideales de bien y de virtud para las voluntades.

No contento con ser el Maestro de su propia generación y en su propia Patria, quiso ser, así lo exigía su misión divina de Redentor de los hombres, el Maestro de todas las generaciones del porvenir y en todas las patrias de todos los siglos y de todas las latitudes de la tierra. Su doctrina y sus enseñanzas no eran para el límite mezquino del tiempo; tenían connubios de eternidad y por ello los siglos son apenas el estrecho escenario de su grandeza y de su inmortalidad.

Maestro por esencia, forjó maestros de nueva tónica para que llevaran por el mundo su evangelio. "Id y enseñad a todas las gentes lo que Yo os he enseñado". Desde entonces cada apóstol fué un maestro y fueron escuela las urbes y los pueblos, los llanos y las cumbres, las naciones y los continentes.

Desde entonces, desde el amanecer del cristianismo sobre la tierra fué la religión escuela para los hombres y los pueblos. Desde entonces, Religión y Escuela se compenetran, se confunden y se consubstancian a través de la historia de la Iglesia en la humanidad. Ambas tienen un denominador común: la educación. Si la Iglesia, a lo largo de diecinueve siglos, merece ser llamada educadora de pueblos y naciones, es porque tiene entre sus glorias la de haber sido maestra de las naciones y de los pueblos.

Su misión educadora tuvo alcances tan vastos que no bastaron ya sus púlpitos y sus cátedras bajo la bóveda de los templos de los primeros siglos cristianos. Se sintió la necesidad imperiosa de dar nuevas cátedras y nuevos púlpitos a la educación y así surgieron, como un apéndice y un complemento de las iglesias y catedrales, de los templos y los monasterios, las escuelas, los centros superiores de cultura y las universidades.

La educación es el desarrollo de la personalidad humana. Educar es tomar al hombre en su ser físico y psíquico, perfeccionar sus aristas, moldear sus virtualidades, burilar sus arideces, desarrollar su anatomía, agilizar su cuerpo, ilustrar su inteligencia con el majestuoso esplendor de las verdades y empapar su alma en la belleza que se esparce en el panorama de la creación, como un pálido trasunto de la belleza increada de Dios, y dirigir su espíritu hacia el bien con una empeñosa lucha contra las torcidas inclinaciones de la naturaleza y en un noble afán de conquista de todo lo que trasciende lo material y humano para ubicarlo en el ambiente de lo espiritual y divino, único clima propicio para que el hombre se desenvuelva con el ritmo de sus grandes destinos.

Si la escuela en la formación integral del hombre no debe olvidar que le educa más que para hoy, para mañana; más que para el tiempo, para la eternidad; la religión tampoco olvida, al enseñar al hombre las verdades trascendentes de lo divino, que el hombre se mueve y se agita en el mundo de lo humano, y al señalarle el cielo como la meta de su duro peregrinaje en la tierra, no desconoce que el hombre tiene, como por gravitación telúrica, un apego innato a todo lo tangible, a todo lo que se ve y palpita en el mundo exterior que le rodea.

Tarea inmensa, tarea fantástica la que debía emprender la Iglesia al lanzarse a la conquista espiritual del mundo por la educación de los hombres y de los pueblos en el espíritu cristiano.

El mundo conocido de entonces ofrecía a sus ojos un panorama trágico y desolador. El imperio romano, cuyas fronteras eran casi las fronteras del mundo, se desplomaba bajo las conmociones de su propia decadencia y bajo el empuje de los pueblos bárbaros que, como un alud, lo estremecían en sus más profundos cimientos. Y sobre las ruinas de las glorias de Roma habría de florecer la civilización cristiana, fruto de las enseñanzas de la Iglesia en su misión de evangelizadora y maestra de los pueblos. La empresa fué ardua. Era necesario trabajar con los escombros de una civilización en decadencia. Era necesario infundir vida nueva en el torrente sanguíneo de una cultura en plena decrepitud.

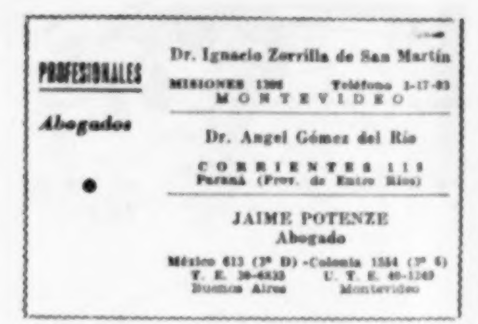
En un ambiente de molicie y depravaciones en que se recostaba el imperio romano en los últimos estertores de su agonía, era necesario inocular modalidades nuevas y donde quiera tenían su trono los vicios, levantar el altar de las virtudes cristianas.

La Iglesia comprendió su misión de maestra de los pueblos y haciendo bandera del mandato de Jesús: "Id y enseñad a todas las gentes", emprendió la obra gigantesca de la educación de las muchedumbres. En los tres primeros siglos, su paso fué lento. Las persecuciones de los emperadores romanos la obligaron a vivir en el laberinto y a la sombra de las catacumbas. Su magisterio fué una voz que tuvo tonalidades de misterio en las criptas y despertó tempestades a la luz del sol. Sólo a comienzos del siglo IV, luego de la derrota de Magencio en el puente Milvino y por el Edicto de Milán en el año 313, y ya definitivamente después de vencido Licinio, el emperador Constantino proclama oficialmente a la religión cristiana y desde entonces, todo el inmenso imperio es una escuela cuyo magisterio ejerce la Iglesia. Las basílicas y los templos paganos se convierten en basílicas y templos cristianos y si en aquéllos no se enseñaba a las masas paganas su religión, en éstos se predicaba a las muchedumbres el evangelio de Cristo y la enseñanza que antes fué privilegio de pocos, comenzó a ser patrimonio de libres y esclavos porque había sonado la hora, en el reloj de los designios de Dios, en que ya no habría ni griegos ni escitas, ni libres ni esclavos, sino sólo hijos de Aquel que quiso ser llamado "Padre nuestro...".

Surgieron después los monasterios. Se crearon después las parroquias. Y junto a los monasterios y a la sombra de las parroquias, floreció el encanto de las escuelas, rebulló la algarabía de los niños y maduraron las ilusiones de la juventud. Fué una siembra de abecedario en aquellas remotas lejanías. Fué un despertar de maestros en aquellos siglos en que no existía la teoría de los métodos ni se disputaban la primacía las distintas corrientes de la pedagogía. Lo que no estaba en los libros, estaba en el cerebro y en el corazón, y éstos tienen virtualidades desconocidas y misteriosas, capaces de transformar los eriales en prados y los monótonos desiertos en florecientes campiñas y la aridez de los espíritus en una magnífica floración de ciencia y de virtudes. Y no fué sólo la enseñanza primaria. Junto a las escuelas de primeras letras, surgieron los colegios de enseñanza superior y levantaron sus muros graves, en el panorama inquieto de avideces, las universidades que los Pontífices de Roma, legatarios del mandato del Divino Maestro "Id y enseñad a todas las gentes", esparcieron por todas las latitudes de Europa. En el siglo IV sumaban 64. La de París albergaba en su seno a 20.000 estudiantes; la de Oxford contaba 30.000; la de Praga ofrecía sus aulas a 36.000; y la de Padua era guardiana de las inquietudes intelectuales de 40.000. El enorme incremento de los estudios en la Edad Media, tan calumniada como desconocida por sus detractores, obligó a la Iglesia a establecer ya en aquellos tiempos, los tres grados académicos del bachillerato, la licenciatura y el doctorado.

En los claustros austeros de las universidades era reina de las ciencias la ciencia de Dios, la Teología; y desplegaban su gracia de matronas y lucían sus esplendor de doncellas la filosofía, la numismática, la lingüística, la historia, la arqueología y las ciencias naturales.

Cuando el nauta del ensueño, Cristóbal



Colón, tras largos días de empapar sus pupilas con azul de cielo e inmensidad de mar, epilogó la ansiedad de sus carabelas con la soñada aparición de América, en la línea temblante y lejana del horizonte; cuando las Indias que estaban detrás del gran mar, fueron de España y España volcó en ellas su cultura occidental, recia de siglos y con madurez de auténtico cristianismo, se desplegó un nuevo escenario en un mundo nuevo para la conquista espiritual de los pobladores de estas tierras. Y la Iglesia escuchó de nuevo el mandato de Cristo que le llegaba a través del tiempo: "Id y enseñad a todas las gentes" y de nuevo fué recorriendo, con sus templos y sus escuelas, las dilatadas inmensidades del nuevo continente; conoció tanto los vientos que soplan en sus inconmensurables llanuras y en la ubérrima gracia de sus valles, como los que braman en las cimas de sus montañas; supo del calor quemante de sus climas bravíos, como de los fríos glaciales de sus paralelos sureños; acudió al llamado sigiloso de sus montes enmarañados, cabalgó sobre el lomo encrespado de sus ríos, luchó con los abismos de sus mares, se envolvió con clámide de luz en las noches de sus lunas blancas y se bañó en el incendio de oro de sus ardientes soles.

El indio fué su conquista para el abecedario y para el evangelio. Dondequiera se levantaba hacia el cielo, como una plegaria de piedras o de adobes, un campanario y una cruz, allí, a su sombra, se abrían las puertas de una escuela.

Floreció por todas las latitudes de América la enseñanza primaria. A esta conquista de la inteligencia, siguió la enseñanza secundaria que se abría en Gramática y en Retórica para culminar luego en la universitaria.

Ya en 1552, un Concilio Americano de Obispos, reunidos en Lima la ciudad de los Virreyes, ordenaba a todos los clérigos que "tengan por muy encomendadas las escuelas de los muchachos... y en ellas se enseñe a leer y escribir a los demás".

Para concretarnos a nuestra actual provincia, podemos recordar que en la primitiva Santa Fe de la Vera Cruz que, en su afán de abrir puertas a la tierra, fundara Don Juan de Garay en 1573, ya abría sus aulas a la inquietud de los niños una escuela primaria en 1581. Mucho antes, en 1538, en el norte lejano se fundaba la Universidad Real y Pontificia de Santo Domingo y, luego de otras escalonadas a lo largo de América colombina, surgía, en 1613, sobre las bases del Colegio de los Padres Jesuitas y al amparo y al calor del Obispo Trejo y Sanabria, la Universidad de Córdoba del Tucumán.

Así en diversas latitudes y a medida que se aglutinaban los pueblos y las aldeas y se escuchaba, en los llanos y en las cumbres, el rumor de las ciudades; dondequiera que las golondrinas colgaran sus nidos en los aleros de las iglesias y se escuchara la voz de bronce de los campanarios, allí resonaba también la palabra del maestro cristiano que enseñaba a leer, a escribir, a sumar y a rezar, porque aquellas escuelas tuvieron siempre el privilegio de conjugar las cosas de la tierra con las del cielo y de empalmar lo humano con lo divino. Ellas tendieron a formar la inteligencia en la verdad; pero, por encima de todo, a plasmar la voluntad en el bien y en la virtud.

Antes que hombres para la tierra, buscaron formar ciudadanos para el cielo, como que el destino del hombre no tiene el fugaz resplandor de un relámpago en la escena del mundo, sino una proyección de supervivencia en la eternidad.

Dichosos los hombres y dichosos los pueblos que así comprenden la grandeza de su destino. Las ligaduras de la materia y del tiempo no han encadenado las alas de su espíritu y así, empenachados de azul, ebrios de luz y resplandecientes de sol, atraviesan la ruta de su existencia pisoteando con los pies el polvo de los caminos, mientras con las manos desbrozan la selva enmarañada de la vida en una siembra magnífica y generosa de flores que perfuman y frutos que sazonan y con los ojos fijos en las estrellas y el pensamiento y el corazón en Dios.

Sólo así habrá cumplido la escuela su sagrada misión.

Sólo así, Religión y Escuela serán las dos alas del vuelo de los hombres hacia Dios.

Pbro. Eduardo F. ACCASTELLO.
Coronda. (Sta. Fe)

L A S O M B R A

Todo era negro y luciente
de la cabeza a la cola,
con blanco escudo en el pecho,
—blanco escudo y sin historia.
Si le llamaba corría
saltando como leona,
empinadas las orejas
y erguida la cabezota;
pero, en llegando a mi lado,
era una niña mimosa
y hambrienta de hacer zalemas
con cuerpo, manos y boca.
¡Es una sombra mi perro
y aun me parece que trota
cuando no yace a mis pies
durmiendo sobre la alfombra!
—¿Durmiendo?
—Sí..., con un ojo,
que con el otro avizora
por si a mi vera se acerca
alguna extraña persona.
Y si por caso alguien llega
que no sea la "señora"
o las "niñas" de la casa,
ya lo veréis cual se aploma
entre gruñidos y fieros
con su estampa temerosa,
híspido el cerro y la nuca
y las narices temblonas.
¡Es una sombra! Aún lo veo
rebullir bajo las colchas
cuando pequeño y canijo,
de la mañana en las horas.
¡Era el invierno tan crudo!
Y después... sus carantoñas
y el ruego de sus ojuelos,
¡y aquella infancia tan sola!
Con el tiempo, fué preciso
terminar con esas bromas,
que no era invierno, y la cama
para su cuerpo era poca.
Así lo pensaba yo,
mas a él ¿qué se le importa,
si entre él y yo sólo media
diferencia de persona?
Y más: pues yo soy "su" amo,
también son "suyas" mis cosas;
¡aunque por ser él mi perro
no era mía su bazofia!
(Esto es duro de entender
pero es la perruna lógica).
Y las bromas terminaron...
con mi completa derrota,
pues a todas mis bravatas
no le otorgó más victoria
que calarse en mis ausencias
y, como en una parodia,
dejar fuera del abrigo
un pedacito de cola.
Y no es todo. Cuando llega
de yantar la buena hora,
no hay cuidado de que falten
sus manos y cabezota
hurgando a diestro y siniestro
porque le den la bicoca
de medio pan; que no menos
es lo que pide su honra
de convidado de piedra
que ya pasó por la gola
el kilo y tanto de carne
con que estallara una loba.
—¡Fuera de aquí! ¡Tragalda-
[bas!...
—mis comensales rezongan—,
y ya parece que al punto
la casa se nos desploma;
pero ¡quia! todo se aquieta
con tres meneos de cola
y un restregón zalamero
que al coro cierran la boca.
¡Claro está que no medrara
en esa vida poltrona,
de no terciar en sus artes
el favor de la "señora"!

Una tarde, hasta la puerta
se llegó una cara de mona,
de los que sacan de quicio
vendiendo un chisme de moda;
y el perro, que va perdiendo
la paciencia gota a gota,
de aquel hablador sin fin
al cabo el discurso corta
con certera dentellada
allí en el centro de Broca.
¡Con lo cual cortó la estambre
de su vida regalona!...
Pues aquella tarde misma
fué a parar en la gayola,
—o en un infierno canino
donde unos sabios peroran
y se convencen de que el mundo
todo está con hidrofobia.
¡Diez días justos, diez días
de cepos, duchas y broncas
pida el caso de saber
si la bestia está "rabiosa"!
¡Mi perro amigo! ¡Cuidado!
no defiendas la bazofia
ni cuides la buena casa
do vive el dios que tú adoras.
Porque los hombres, sin duda,
—con sus almas de paloma—
te mirarán como a fiera,
¡como a fiera ponzoñosa!
El can y yo bien sabemos
ser todo aquéllo bambolla,
mas ¿cómo decirlo a un sabio
que en guardapolvo se aforra
y os habla jeringa en mano
y en bárbara jerigonza?
¡Y a fe, que oyendo a estos
[hombres
y aquel gañir a sus solas,
por doquier, de prisioneros
que sus casitas añoran,
pensaráis que no a los canes
sino a los doctores acosa
la peste de que nos guardan,
según sus labios pregonan!...

¡Qué alegres están las niñas!
¡Qué contenta la señora!
Los diez días ya pasaron,
ya terminó la encerrona
y el doctor dice —muy grave—
no ser caso de hidrofobia.
¡Lo mismo que yo y mi perro
sabíamos de memoria!...
Mas, ¿por qué, vuelta a su patio,
no come el can ni retoza
ni escucha cuando lo llaman
las niñas o la señora?
Mi pobre amigo no juega,
no se me acerca, no trota
persiguiendo, entre las flores,
de los gorriones las sombras,
ni responde a los cariños
con la risa de su cola.
Cuando la noche se cierra
éntrale rara zozobra:
huye de plantas y de árboles,
y hasta del agua se asombra
cual si tuviera delante
los hierros de la mazmorra.
Si de canes invisibles

COMENTARIOS

Por esta vez, y por razones que sabrán apreciar nuestros lectores, la Redacción de CRITERIO ha firmado esta sección de "Comentarios".

ESTIMULANTE "PLAN DE TRABAJO" PARA LA ACCION CATOLICA

LA rama de los Hombres de la Acción Católica Argentina (A. H. A. C.) acaba de publicar con fecha de de marzo ppdo., un pequeño volumen titulado: PLAN DE TRABAJO. Compendia en sus 150 páginas, las exposiciones, deliberaciones y conclusiones de la Séptima Asamblea Federal, que aquella rama realizó en la ciudad de Córdoba en junio de 1949. Aunque se puntualiza en él "el estado de la Asociación de Hombres de la Acción Católica, el estudio lleva consigo íntimamente unido el del estado actual de la Acción Católica Argentina". Por este motivo, creemos de gran interés ocuparnos de propósito de esta publicación, ya que puede servir de gran utilidad para cuantos se interesan por la marcha del apostolado laico en la Argentina, representado por la Acción Católica de un modo principal. El PLAN DE TRABAJO significa una nueva etapa en la marcha de esa institución y señala evidentemente una renovación o crecimiento en sus métodos apostólicos, mediante los cuales se ha de encauzar la acción en el porvenir, inspirada en el deseo de adaptarla a las necesidades modernas que presentan los distintos cuadros sociales, objetivos básicos del proselitismo cristiano.

En la exposición del primer tema: "La situación actual de la A. H. A. C.", el vocal del Consejo Superior, doctor Manuel N. J. Bello, aparece manifiesto el criterio realista de los actuales dirigentes nacionales de la rama masculina, dispuesto a aplicar —ya no a buscar— los remedios necesarios para lograr una reestructuración efectiva de la vida de los Centros. "Nuestros Centros —dice el expositor— necesitan adaptar sus formas a las necesidades actuales de la Acción Católica". Esta transformación está sintetizada en el desarrollo de las reuniones que, de "reunión DE ESTUDIO", se han de constituir en cenáculos vivos de formación espiritual y, sobre todo, de organización del apostolado, debiendo los socios que lo requieran, asistir a un Curso aparte de formación religiosa, para no obstruir aquella nueva característica, durante el tiempo que necesiten considerárseles "graduados". En la primera conclusión, se dice respecto a esa organización del apostolado: "revisión de influencias, formulación y explicación de nuevas consignas, intercambio de experiencias apostólicas, y, en general, orientación de la labor apostólica de los socios". La Acción Católica, de este modo, ya no sería esa reunión semanal o quincenal, sino la vida apostólica del socio, del hombre, en su plenitud. No es la supresión de reuniones: se trata de hacerlas un todo con la acción apostólica ambiental de cada socio y del Centro en general.

Pero si esa reestructuración quedase reducida a un cambio de método solamente en el desarrollo de las reuniones, sería cambiarle la ropa a un cuerpo enfermo, pero no sanarle. Cada socio ha de desempeñar una tarea apostólica encomendada específicamente por la Comisión Directiva. El lema "CADA HOMBRE UNA OBRA" debe ser la consigna permanente de manera que se encarne y viva en todos los socios. Una obra en la parroquia, en el lugar de trabajo, en la familia, en la profesión, en donde sea, grande o pequeña, pero obra de irradiación de cristianismo real e integral. "La Acción Católica —dícese en el libro (pág. 84)— debe mirar continuamente las necesidades, los problemas y las aspiraciones de las almas que se agitan a su alrededor. Firme en su ortodoxia, ha de buscar adaptarse a la realidad viva que debe cristianizar". ¿Cuál es esta realidad? "No es menester abundar en detalles —añade— acerca de la paganización contemporánea de las costumbres, que invade y envuelve". Frente a esta realidad, se han de "preparar los elementos para que, viviendo y actuando en el mundo, vayan realizando la Encarnación de lo divino en las cosas del mundo". El Cardenal Suhard lo expresó con estas palabras: "La ley esencial del apostolado es la Encarnación".

Es el método de la penetración el que se impone, el ser fermento de la masa pagana, "hacer obra de penetración en todos los ambientes". El mismo Cardenal

oye el latir, se obsesiona
y rompe en aullidos hondos
de temor o de congoja.
¿Será que sabe o presiente
que ya la muerte le ronda,
pues vió en la taza del agua
cierta señal precursora
que rodó, mientras bebía,
de las fauces sanguinosas?
. . . .

Una niebla opaca, lenta,
ya en sus pupilas se asoma,
y brama en el huelgo un ansia
cual de viejo que se ahoga.
¡Apúrate, buena muerte,
buena muerte que demoras!

¡Es una sombra mi perro!
Una mañana lluviosa
lo cubrió la buena tierra,
al pie de un árbol. Ahora
no se lo ve en los canteros
andando trota que trota,
ni dar sus vueltas contadas
para tirarse en la alfombra;
ni a mis pies se despereza
ni se duerme ni avizora.
Mas, todos aquí en la casa
cuentan que han visto la sombra
—ágil, esbelta y alegre—,
brincando sobre las colchas...

LUIS MATHARAN

RESEÑA DE LIBROS

francés citado lo explica de esta manera: "El apostolado moderno no debe ser, de ningún modo, una actitud negativa de retroceso, o de protección frente a influencias perniciosas, como tampoco una "propaganda", ni siquiera una "conquista" si por ello se entiende la anexión "exterior" de sujetos o de corrientes humanas. La "victoria" de la Iglesia no es cuestión de aislamientos; tan no se puede "aislar" el hecho cristiano como no se puede sustraer un organismo a las bacterias malsanas; todos los días lo respira pero su poder de reacción las vence. Así ocurre con el cristiano. Su acción es la de la levadura". Acción de mezcla entre los incrédulos para salvarlos tal cual son. Deber del apóstol de ser testimonio, de vivir en medio de los ambientes diversos y cambiantes, pero a menudo descristianizados, como vivía Cristo "que habitó entre nosotros". En una palabra ser intérprete y solidario de las justas aspiraciones del medio. "Apostolado del semejante por el semejante". Fórmula que no excluye a nadie de una acción fuera de la propiamente suya, y exige por el contrario a cada instante del apóstol una disponibilidad de servir y de hacerse "todo para todos".

El PLAN DE TRABAJO para la A. H. A. C., al comentar la séptima conclusión, dispone esa acción ambiental de cada socio a través de lo que denomina las "SEIS LINEAS DE APOSTOLADO". No es esta denominación una forma nueva, ni siquiera especial del apostolado. Responde a una clasificación del apostolado del hombre de Acción Católica, hecha de acuerdo a los distintos ambientes y cuadros sociales con los que se relaciona su vida diaria. Esas líneas apostólicas son: LA FAMILIA, LA PARROQUIA, EL LUGAR DE TRABAJO, LA CLASE SOCIAL, LA PROFESION Y LA VIDA CIVICA. Dice Bello con razón que las seis líneas de apostolado han abierto un nuevo campo, para muchos desconocido.

Desde luego que, como ya se dijo, ello no es una novedad; pero tal vez se haya logrado así una fórmula feliz con la que la Acción Católica sea cual la desean sus dirigentes, esto es un organismo "más efectivo, más pujante y más conquistador". Sería, en todo caso, a esta altura del camino, una purificación de métodos y de hábitos. Esta Asamblea de Córdoba, creemos, mediante la sencilla variante cual es la de simplificar el desarrollo de las reuniones en dos únicas direcciones, hará que la reunión deje de ser lo que generalmente era hasta ahora: la única y excluyente actividad del socio. Esas dos direcciones, ramificándose en otros tantos seis objetivos bien definidos, llegarán con mayor precisión y eficacia a los blancos principales de toda la actividad humana. Hace ya mucho que se venía diciendo que la Acción Católica debería salir fuera de la reunión. La organización del apostolado laico, tal como la forjaron los Pontífices, es un llamado a la acción exterior, fuera del templo, a rebasar la propia perfección espiritual.

La vida religiosa refugiada en los solos actos de culto es un síntoma de retroceso. Y es índice de progreso, en cambio, cuando la vida religiosa se difunde hasta abarcar todas las actividades del cristiano, aún las que parecen más profanas. Maritain dice con razón que "el mundo cristiano de los tiempos modernos ha faltado al deber de lograr una realización social-temporal de las verdades evangélicas, ha llegado por regla general a encerrar la verdad y la vida divina dentro de una parte limitada de su existencia, en las cosas del culto y de la religión, y en las cosas de la vida interior. Todas las cosas de la vida social, económica y política, están abandonadas a su propia ley, sustraídas a la ley de Cristo" (Humanismo integral).

Este crecimiento y desarrollo hacia afuera es la saludable tendencia que se observa al leer el PLAN DE TRABAJO, y que sintetiza los propósitos futuros de la A. H. A. C.; y, podríamos decir, con la esperanza de que así fuere, de toda la Acción Católica Argentina.

Se inició la Asamblea de Córdoba con un recuento desalentador de los frutos recogidos. Sin embargo, de ese estancamiento, se logró aquella perspectiva, que hoy llena de justificadas ilusiones al idealismo de los dirigentes de Acción Católica. La Iglesia argentina puede confiar en que recibirá de sus fieles organizados como ejército en orden de batalla, los mejores colaboradores de su acción apostólica en todos los ámbitos de la Patria.

"La Acción Católica —anota la revista Concordia— espera en este año el Gran Retorno de todos sus socios.



Cada Centro ha de lograr el retorno a la vida activa de todos sus hombres". Su PLAN DE TRABAJO les ofrece la oportunidad a cada uno, sea cual fuere su ocupación o estado, llenar un lugar en la lucha empeñada en todo el mundo desde el Vaticano, con la consigna perentoria de Su Santidad el Papa Pío XII: "QUE ESTE AÑO SANTO SEA PARA TODOS UN AÑO DE PURIFICACION Y DE SANTIFICACION, DE VIDA INTERIOR Y DE REPARACION, EL AÑO DEL GRAN RETORNO Y DEL GRAN PERDON".

UN POCO DE LOGICA

AUNQUE ocurrido hace tiempo el hecho que seguidamente comentaremos, nos parece digno de que formulemos algunas reflexiones a su respecto. Tiene su miga, y si no que lo diga el lector.

Según publicó un matutino metropolitano, un sacerdote católico fué condenado en Africa del Sur a una fuerte multa por haber bendecido el matrimonio de un blanco y una negra. Las recientes leyes, en efecto, dictadas por el gobierno de la Ciudad del Cabo, prohiben tales matrimonios.

Es de notar que Africa del Sur entró en guerra contra Hitler y Mussolini entre otras razones porque sostenían las doctrinas racistas: no admitían que los arios se unieran con los semitas. Y ahora incurre ella en el crimen de que acusaba a sus adversarios. Y tan repugnante es a la doctrina católica prohibir los casamientos entre hebreos y no hebreos como vedar los que puedan efectuarse entre personas de distinto color. Una vez más, en el caso de la mentada colonia ha fallado la lógica, pues combatió en los demás lo que con sanción legal establece en su propio territorio.

Todos los hombres somos hermanos, y por encima de las divergencias raciales se halla la universal caridad de Cristo. Pero para muchos hombres el cristianismo no es una religión sino un simple conjunto de ceremonias. No debe sorprendernos entonces de lo que acaba de acontecer en Africa del Sur. Constituye una prueba más de esa incoherencia humana que acabará por precipitar a nuestra orgullosa civilización en la barbarie.

ANTE UNA REPLICA DEL P. JULIO MEINVIELLE

EL artículo de nuestro Director "Piedad y Prudencia", publicado en una de nuestras entregas anteriores, artículo doctrinario y objetivo, que exponía el criterio de la Iglesia en materia de "apariciones" tomando ocasión de un folleto escrito por el señor Ezcurra Medrano y avalado por el nombre del Pbro. Julio Meinvielle, ha merecido de parte de este último una réplica en el Nº XXVII de "Presencia".

Esa réplica, contra lo que podía esperarse, se reduce a una extraña chirigota que desdice no poco con el respeto que merece y todos reconocen a Mons. Franceschi.

El Pbro. Dr. Octavio N. Derisi, a quien tanto debe ya el pensamiento filosófico cristiano en nuestra patria, sintetizó el sentir de todos, cuando definió a Monseñor Franceschi como "apóstol providencial de la doctrina y de la inteligencia" y escribió que "la Iglesia argentina necesitaba (en lo que va del siglo) un hombre de la talla de Mons. Franceschi, dueño de un rico y múltiple patrimonio intelectual y armado de una amplia y segura síntesis doctrinaria, capaz, él solo, de sostener la lucha y hacer llegar la luz de la verdad cristiana hasta los últimos confines de las cuestiones de la época (. . .). Esa ha sido la misión providencial de Mons. Franceschi. Lo excepcional de su misión providencial hace que su caso sea único".

¿Quién al pensar en nuestra patria no ha recordado a Mons. Franceschi, al leer las palabras que el Pontífice dedica a hombres beneméritos de la pluma en su Mensaje al III Congreso Internacional de la Prensa Católica, cuando dice "No queremos terminar sin volver nuestro pensamiento hacia tantos hombres verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos . . . ellos se erigen ante nosotros como modelos de actividad espiritual"?

Nuestro director en su editorial titulado "Piedad y Prudencia" hacía explícita mención de la inexactitud doctrinaria de frases netamente reprobables y de apariciones desde hacía años reprobadas por la autoridad eclesiástica competente, que eran presentadas como buenas en el folleto justamente por él incriminado. Esto ¿no requería que el Pbro. Meinvielle, en vez de limitarse a simples afirmaciones sobre lo que era el fondo de la cuestión, aportara sólidas razones en contra de lo demostrado por Mons. Franceschi?, y, en caso de compartir el juicio de Monseñor, ¿no era su deber, al ponerse a escribir, manifestarlo abiertamente y reconocer honorablemente los errores del folleto que apareció ostentando su nombre?

Por lo demás, y esto es si cabe más importante, el P. Meinvielle afirma en su réplica que en el opúsculo de marras, "Misión de María", no parecía haber nada abiertamente censurable y que las personas, que según él lo leyeron, obispos y excelentes teólogos, nada hallaron contrario a la fe y buenas costumbres.

Por nuestra parte, y prescindiendo respetuosamente de la información y opinión personal y privada de las personas de quienes el P. Meinvielle afirma que leyeron el opúsculo, tenemos la satisfacción de poner en conocimiento de nuestros lectores que EL ORGANO COMPETENTE DE NUESTRA CURIA METROPOLITANA PARA CONCEDER LAS DEBIDAS LICENCIAS, LUEGO DE DETENIDO EXAMEN DECIDIO NO CONCEDER LAS LICENCIAS SOLICITADAS (para la edición del folleto prologado por el Pbro. Julio Meinvielle), PRECISAMENTE A CAUSA DE LAS MISMAS FRASES Y HECHOS QUE NUESTRO DIRECTOR HABIA JUSTAMENTE CRITICADO.

Si después de haber sido examinado el opúsculo, que el nombre del Pbro. Julio Meinvielle patrocina, por el órgano competente de la Curia Eclesiástica de Buenos Aires y no habiéndole éste concedido las debidas licencias, EL OPUSCULO A PESAR DE ELLO ES PUESTO

EN VENTA: y si después de criticado justamente por Mons. Franceschi su contenido, se pretende con simples afirmaciones, dejar en el público la impresión de que, A PESAR DE LA OPINION DE LOS CENSORES ECLESIASTICOS COMPETENTES, NADA ABIERTAMENTE CENSURABLE HAY EN EL FOLLETO: ¿qué debemos pensar? ¿Que la Autoridad Eclesiástica competente, NADA SIGNIFICA para el Pbro. Meinvielle? Nos resistimos a ello y preferimos, por lo demás, abstenernos de toda explicación psicológica al respecto.

Es una lástima que en estos momentos en que informa el cable que se ha iniciado en Francia una quincena de la cortesía, reivindicadora de los buenos modales como elementos principalísimos para armonizar mentes y corazones, haya quienes prefieren dejarlos a un lado en la dilucidación de cuestiones tan fundamentales como las que fundaron el editorial arriba recordado. No es sembrando asperezas como se levantan cargos que no buscaron abochornar a nadie sino poner las cosas en su lugar.

Declaramos nuestra tristeza ante actitudes que en un momento en que —temperamentos aparte— todos deberíamos estar unidos, pueden provocar brechas en el frente común del catolicismo.

Si alguien se ha equivocado al oponer su criterio personal al de la jerarquía, lo lamentamos, como lamentamos también los excesos formales en que se ha incurrido contra quien ha cometido el único delito —en materia que no es dudosa, sino de principios— de pensar y sentir con la Iglesia.

RECTIFICACIONES

EN la entrega de CRITERIO Nº 1.111, en la que dimos a nuestros lectores la traducción castellana del texto completo del Mensaje de S. S. el Papa Pío XII a los periodistas reunidos en Roma para la celebración del Tercer Congreso Internacional de la Prensa Católica (y en el cual nuestra revista estuvo representada), se deslizó, contra nuestra voluntad, un error tipográficamente mínimo pero de real y grande importancia desde el punto de vista del verdadero sentido de la frase. Se trata de la sustitución de un QUE por un ES. En efecto, en la pág. 157 del Nº 1.111 de nuestra publicación se lee: "... Tan lamentable y acaso más funesta todavía, en razón de sus consecuencias, QUE aquella ..." etc. Nuestro corrector de pruebas no advirtió que el original de la versión castellana que debíamos decía, de acuerdo con el texto francés del Pontífice, lo siguiente: "... Tan lamentable y acaso más funesta todavía, en razón de sus consecuencias, ES aquella de los pueblos en que la opinión pública permanece muda, no por estar trabada por una fuerza exterior, sino porque faltan sus resortes interiores que deben encontrarse en los hombres que viven en sociedad".

"Confía a la memoria todo lo bueno, SIN MIRAR DE DONDE PROCEDE", escribía Santo Tomás de Aquino a su discípulo Juan al enumerar los clásicos Dieciséis preceptos para adquirir el tesoro de la ciencia.

En consecuencia, habiendo caído en la cuenta del error arriba mencionado gracias a la advertencia que de él hizo "Presencia" (Nº 27) en un comentario, lo subsanamos en esta oportunidad, y según el consejo de Santo Tomás, "sin mirar" que la Dirección de esa revista en un editorial en el cual aparenta velar celosamente contra posibles tergiversaciones del pensamiento pontificio, lo deforma explícitamente en más de una ocasión. En efecto, vaya un ejemplo, la Dirección de "Presencia" dice: "El Santo Padre se lamenta de que no haya "hombres profundamente penetrados del sentido de su responsabilidad y de su estrecha solidaridad con el medio en que viven"; y, en cambio, S. S. Pío XII, cuando en el discurso de su Mensaje plantea expresamente la cuestión preguntándose: "¿Es que no habrá, por ventura en esas naciones desdichadas, hombres dignos de su condición de tales? ¿Hombres marcados con el sello de una verdadera personalidad, capaces de hacer efectiva la vida interna de la sociedad?...", dice con toda claridad lo contrario: "EXISTEN SIN DUDA TALES HOMBRES, demasiado pocos por desgracia ...".

L A   R E D A C C I O N

De nuestros lectores

SOBRE DIVERSAS MANIFESTACIONES DE INCULTURA

En su "Historia de las ideas políticas", Raymond G. Gettel afirma: "Las relaciones pacíficas y amistosas no faltaron, en absoluto, entre los pueblos más antiguos" y, repitiendo palabras de Kropotkin, continúa: "Existió el intercambio social, aun entre los salvajes...".

Estas categóricas expresiones de dos pensadores de valía corroboran la idea de cuantos consideramos que se ha producido un retroceso social que toca ya, cuando no los traspone, los límites de la barbarie.

Bástenos contemplar el espectáculo que ofrecen, diariamente, las multitudes que pugnan por ganar el calificativo despreciable de "bestias".

En los centros urbanos, densa y heterogéneamente poblados, como en localidades de escasos habitantes, se observa con no disimulado espanto, que a las formas galantes y cultas o simplemente respetuosas, se las ha reemplazado por las peores manifestaciones de incultura, que sobrepasan en mucho las toscas y rudimentarias formas de convivencia social de los hombres primitivos.

Al saludo gentil, a la sencilla expresión de cultura que significa, si no en todos, en gran parte de los países, el descubrirse respetuosamente al paso de una persona conocida o digna de esa cortesía le ha sustituido una moda —llamémosle así— perniciosa que consiste en tocar apenas el ala del sombrero como si quisiera demostrarse a los ojos de los demás que esa persona digna de saludo no merece mucho más que eso.

Y si miramos fugazmente —que si lo hacemos con detenimiento, morimos de vergüenza— el espectáculo animal de las multitudes reunidas en los mal llamados medios de transporte, caeremos en la cuenta de que aquel intercambio social de que hablaba Kropotkin ha desaparecido casi totalmente. Porque difícilmente —aunque pretendiésemos exagerar los tintes— podríamos denominar "bárbaros" a muchos pueblos de la antigüedad teniendo frente a nosotros ejemplares que son la más exacta y acertada demostración de cuál es, en todos sus alcances, el sentido del vocablo "barbarie"...

Elijamos un día feriado cualquiera (lo mismo ocurre en aquéllos que no lo son), vayamos a una estación ferroviaria principal de las varias que existen en nuestra ciudad y paguemos nuestro boleto.

Nuestra mejor intención es la de poder viajar más o menos cómodos —no tengamos muchas pretensiones— a fin de pasar luego algunas horas descansando en cualesquiera de los pueblos cercanos a la Capital.

Tal nuestra intención... Pero la realidad es muy otra. Porque desde que tratamos de ubicarnos en "eso" que por tradición se da en denominar "coche de primera clase", nos convencemos de que aquel aforismo universal "el hombre propone y Dios dispone" se cumple con matemática y rigurosa exactitud. Pues ni el coche es de primera... ni podemos ubicarnos más o menos cómodos. Y aquello de que "el hombre es lobo del hombre" vuelve a nuestro pensamiento y cobra formas en esos sujetos que poco menos que a puntapiés y mordiscos se han abierto paso entre los demás pasajeros (antes, señores pasajeros) y se han apoderado, esta es la palabra, como por asalto de los pocos asientos disponibles o utilizables. ¿Exagero...?

Llegamos al cabo a nuestra estación terminal. Y después de breves horas de reparador descanso, volvemos a pensar con terror en el regreso, en esos "coches de primera clase" —algún nombre tiene que dárseles—, en ese "malón" u horda desenfrenada que volverá a hacernos ingrata compañía.

Que viaja un hombre anciano, una señora con un niño en brazos, acaso algún lisiado. A esa horda, ubicada ya en los asientos tomados con violencia, todos ellos le tienen muy sin cuidado.

En tiradores, sus pantalones arremangados, sus melenas hirsutas al viento y un pestilente "pucho" entre los labios, son la representación cabal de aquellos bárbaros que acostumbramos a imaginarnos asolando pueblos y ciudades y cometiendo depredaciones y fechorías incontables. Gentuza —en el sentido más despectivo del término— para integrar una tribu o una turba, nunca para formar parte de una comunidad civilizada. Hato animal, recua irracional; cualquiera de estas denominaciones cabe darle. Pero líbrenos Dios de catalogarlos entre la especie humana... Los argentinos, que siempre pudimos enorgullecernos, y con sobrada razón, de poseer un sentido del honor y maneras hidalgas, debemos considerar como productos extraños y peligrosos a esos sujetos de catadura incalificable a los que hoy, con excesiva benevolencia, se titula de "patoteros"...

Y no se crea que esas manifestaciones incultas, que localizamos, accidentalmente y a propósito, en los ferrocarriles, son propias de ellos y que no se repiten en otros medios de transporte o no se dan en las múltiples actividades o expresiones de la vida urbana.

Muy equivocados estarían quienes tal cosa supusieran. Porque en el ómnibus, tranvía, "colectivo" o coches subterráneos volverán a repetirse todas y cada una de las groseras muestras de incivilización y salvajismo a que hemos hecho rápida y pálida alusión.

Contra esa horda de nada valen las atentas invitaciones de los carteles murales fijados por las autoridades competentes, ni las buenas palabras ni los gestos generosos. Y si a cada enfermedad se aplica el remedio específico y no se pretende curar el hecho grave con paños tibios, compréndase que es hora ya de encarar con toda energía, hasta su total extirpación, el mal que ha echado raíces y amenaza con la subversión total de la vida del país.

Hasta aquí esas manifestaciones de incultura. Que existen otras y vamos a nombrarlas, pasando sobre ellas casi como sobre ascuas...: los ruidos ensordecedores de radios y altavoces —mal de tiempos recientes— y los cuadros aterradores de los baldíos de la ciudad. Sin entrar a detallarlos...

Y ahora, para que no se diga que todo está corroído, terminemos señalando como dignas de elogio las recientes actitudes policiales frente a las hordas de móviles inconfesables, que, en ocasiones, provocaron la muerte de abnegados funcionarios.

Y digamos también —honrosas y encomiables excepciones— que algunas veces hemos sido testigos de gestos amables y caballerescos del personal a cargo de los transportes nacionales, a los que sirven así con lealtad. Como debe ser.

Aquellos sujetos de que hablábamos, integrantes por méritos propios de las peores hordas, no deben convivir en una nación civilizada. Su permanencia hiere y ofende los sentimientos más respetables. Por ello debiera recluírseles en lugares especiales. Y si no fuese un imposible, me atrevería a decir que en el Jardín Zoológico de la Ciudad de Buenos Aires, dando libertad a muchos de los seres allí encerrados, tendrían cómoda cabida los más conspicuos representantes de esas hordas a las que hoy con singular e indulgente criterio se ha querido identificar como "patotas"...

Carlos Fernando DE NEVARES.

N. de R.: Nos es grato transcribir, en la orientación de nuestro colaborador, el comentario aparecido en "La Nación" del domingo ppdo. sobre la "Quincena de la amabilidad", recientemente iniciada en Francia. Dice así luego del título "En pro de la cortesía":

"En Francia acaba de iniciarse, con el nombre de "Quincena de la amabilidad", una campaña cuyo objeto es lograr que durante ese lapso prive en las relaciones sociales de toda naturaleza tan apetecible virtud. Hasta qué punto estará ella ausente en las manifestaciones de la humanidad actual para que se haya creído necesario predicar su restauración siquiera sea por un breve período. Los franceses tienen razón. Las dificultades y sombras de la existencia en los tiempos que corremos han concluído por borrar de los labios la sonrisa acogedora y la generosa cortesía con que en días mejores los hombres se abordaban entre sí, reemplazándolas por una hosquedad y rudeza de maneras que hacen penosa la convivencia. Entretanto, esa conducta es tan errónea como perjudicial para los mismos que la ejercitan, pues contribuye a mantenerlos en un estado de ánimo desapacible y torturante. La cortesía, que en épocas ilustres fué estimada como cualidad altísima, es una forma de la caridad, del respeto y el amor al prójimo, y como tal propende a sofocar las pasiones hostiles y a crear una atmósfera de cordialidad en la que muchas prevenciones y conflictos terminan por desvanecerse. Todas las grandes civilizaciones han cultivado esa preciosa flor de la cortesía, conceptuándola como un producto de la más avanzada cultura individual y colectiva. Sólo la salvatiquez de algunos espíritus anárquicos o la facticia originalidad de otros han pretendido desdeñar esas formas superiores de la sociabilidad llamándolas convencionalismos insinceros. En la mayoría de los casos se trata simplemente de una carencia de verdadera educación moral. Bien venga, pues, esa graciosa iniciativa de los franceses, que al lanzarla reivindican con fundamento una tradición nacional singularmente honorable. Sólo sería de desear que, como sin duda lo han pensado sus promotores, el dominio de la amabilidad no se limitara al precario plazo señalado, sino que arraigara y subsistiera en lo sucesivo, de modo que la amabilidad no se practicase por quincenas, como la virtud se premia "una vez por año", al decir de Renán.

No menos de desear sería también que tan sedante beneficio se extendiera a todas las sociedades humanas y, desde luego, a la nuestra, donde cabe echarlo de menos con extraordinaria frecuencia".

El Pensamiento Pontificio

I

Discurso del Sumo Pontífice Pío XII a los Delegados de la Unión Internacional de los Organismos Familiares

¿Habríamos podido, señores, no acoger con una viva satisfacción vuestro deseo de presentarnos, al mismo tiempo que vuestro deferente homenaje, el cuadro de vuestros trabajos y de vuestra actividad al servicio de una causa que Nos tenemos tan en el corazón, la de la familia? Desde nuestra llegada a la Sede de San Pedro, en Nuestra encíclica "Summi Pontificatus" declarábamos mirar como un deber imperioso de conciencia, impuesto por nuestro ministerio apostólico, la firme defensa de los derechos propios de la familia (cfr. Acta Ap. Sedis, Año 31, 1939, pág. 434).

Desde hace más de diez años, el mundo ha oído Nuestros clamores, ha comprobado Nuestros esfuerzos. Si éstos han sido, por algunos, menospreciados y Nuestras intenciones mal interpretadas, Nos es tanto más dulce el recibir de vosotros, en vuestra calidad de representantes de los organismos familiares, la prueba de que habéis sabido comprender y apreciar la obra del Padre común. Recibid por ello mi agradecimiento.

EL ESTADO EN LA FAMILIA

La dignidad, los derechos y los deberes del hogar familiar, establecido por Dios como célula vital de la sociedad, son, en efecto, tan antiguos como la humanidad; son independientes del poder del Estado (cfr. León XIII Enc. "Rerum Novarum"), pero si se ven amenazados, éste debe protegerlos y defenderlos; derechos y deberes igualmente sagrados en toda época de la historia y en todos los climas; más sagrados aún en las horas trágicas de las calamidades, de las guerras, de las que la familia es siempre la gran víctima, la gran sacrificada. Y precisamente porque es ella el elemento orgánico de la sociedad, todo atentado perpetrado contra ella, es un atentado contra la humanidad. Dios ha puesto en el corazón del hombre y de la mujer, como un instinto innato, el amor conyugal, el amor paternal y maternal, el amor filial. De donde, pretender arrancar, paralizar este triple amor, es una profanación que horroriza por sí misma y que lleva fatalmente a la patria y a la humanidad a su ruina.

Atrincheránse tras el falaz pretexto de la impotencia de la familia abandonada a sus propios medios, para colocarla bajo la plena dependencia del Estado y de los poderes públicos y hacerla servir a fines que le son extraños. Deplorable desorden, en la ilusión más o menos sincera de un orden aparente, pero desorden que conduce lógicamente al caos.

Que la familia, reducida a sus solos recursos privados, sin ayuda y sin apoyo, aislada, marchando paralelamente a tantas otras, se vea, en las condiciones económicas y sociales de hoy día, incapaz de bastarse a sí misma y a fortiori de llenar su papel de célula orgánica y vital, es desgraciadamente demasiado cierto. ¿Pero es esa una razón para aportarle un remedio peor que el mal? ¿Qué hacer entonces? Lo que desde hace mucho tiempo procuran promover los hombres de justicia y de corazón; lo que Nuestros predecesores y Nos mismo no cesamos de recomendar sin cansancio y en lo que trabajamos según toda la extensión de Nuestros medios; lo que vosotros mismos, señores, os esforzáis por realizar progresivamente, gracias a la unión de los organismos familiares.

PRINCIPIOS DE SOLUCION

El programa de esta acción que tiende a consolidar la familia, a elevar su potencial, a integrarla en el mecanismo viviente del mundo, puede reducirse a unos cuantos capítulos precisos: suplir la insuficiencia de la familia, procurándole lo que le falta para ejercer su función doméstica y social

—unir entre sí a las familias en un frente sólido, consciente de su fuerza—, permitir a la familia que haga oír su voz en los asuntos de cada país, y de toda la sociedad; de tal suerte que no tenga jamás que sufrir de parte de ellos, sino al contrario se beneficie lo más posible. ¡Qué diferentes serían los caminos que siguen la economía y la política misma, si este principio fundamental fuera la guía común de todos los hombres consagrados a la vida pública!

Así pues, lo que ante todo importa es que la familia —su naturaleza, su fin y su vida—, sean contempladas bajo su verdadero aspecto, que es el de Dios, el de su ley religiosa y moral.

¿No es una lástima ver a qué soluciones de los problemas más delicados desciende una mentalidad materialista?: disgregación de la familia por la indisciplina de las costumbres erigida en libertad indiscutible; extinción de la familia por la eugenesia bajo todas sus formas, introducida en la legislación; esclavitud material o moral de la familia en la que los padres, en la educación de sus hijos, se ven reducidos casi a la condición de condenados a la privación de la patria potestad! La concepción de la familia, mirada desde el punto de vista de Dios, hará necesariamente volver al único principio de solución honesta: usar todos los medios para poner a la familia en estado de bastarse a sí misma y de aportar su contribución al bien común.

Las medidas de asistencia a la familia os son bien conocidas. Que sean de institución pública o de iniciativa privada, revisten formas muy variadas. Después de la primera guerra mundial, la previsión familiar ha llegado a ser un sector de los organismos oficiales de salubridad pública. Los Papas, en sus mensajes sociales, se han ocupado firmemente en favor del salario familiar o social que permita a la familia proveer al desarrollo de los hijos según y a medida que ellos crecen. Lo que faltaba entonces, y que se ha procurado con igual valor aquí y allá, es una política de grande envergadura, que evite los inmuebles donde se amontonan los inquilinos y que cree la habitación familiar. Hoy, después de la segunda guerra mundial, esta exigencia ha pasado ciertamente a primer plano.

Añadamos también la formación de un sentido más agudo de la responsabilidad en la fundación del hogar, el desarrollo de una vida de familia más sana en una vivienda cómoda, tan benéfica para el espíritu como para el corazón. No hemos dejado tampoco de mencionar los organismos concebidos para mejor preparar a las cargas y a los deberes del matrimonio. ¡De cuánta ayuda podrían ser la prensa, la radio, el cine, y cuán grave es su responsabilidad respecto de la familia! ¿No debería en efecto el cine, en vez de envilecerse en las intrigas del divorcio y de la separación, ponerse al servicio de la unidad del matrimonio, de la fidelidad conyugal, de la salud de la familia y de la dicha del hogar? El pueblo experimenta la necesidad de una concepción mejor y más alta de la vida doméstica. El éxito inesperado de ciertas películas recientes es prueba suficiente de esto.

Queremos igualmente señalar los socorros a la niñez, la asistencia de la juventud, las casas de acogimiento y de reposo para las madres, la organización tan beneficiosa de los socorros inmediatos a las familias sobrecargadas, cuando por ejemplo, la madre de familia se ve en la imposibilidad de llevar ella misma su casa: inmenso campo de trabajo, abierto a las organizaciones de previsión pública, pero ante todo a la caridad privada.

Conviene naturalmente recordar que debemos miradas más atentas a las familias cargadas de hijos: disminución de impuestos, subsidios, colocaciones, considerados no como un don puramente gratuito, sino más bien como una indemnización harto modesta, debida al servicio social de primer valor que rinde la familia, sobre todo la familia numerosa.

LA GRAN SOLIDARIDAD FAMILIAR

Muy oportunamente afirmáis en vuestros estatutos, vuestra voluntad de "reafirmar los lazos de solidaridad entre todas las familias del mundo", condición favorabilísima al desempeño de su función de células vitales de la sociedad. ¡Cuántas preciosas fuerzas morales vendrían así a sumarse para luchar contra la guerra al servicio de la paz!

Que todas las familias del mundo se unan para ayudarse recíprocamente, para contener y dominar las fuerzas malvadas con su vigor sano y fecundo, está muy bien. Resta dar todavía un paso: establecer el espíritu familiar cristiano en la escala nacional, internacional, mundial! Que ya no sea una familia particular, el simple acoplamiento de sus miembros bajo un mismo techo; ya no debe ser la sociedad la simple suma de familias que la constituyen. Debe vivir el espíritu familiar fundado sobre la comunidad de origen y de fin. Cuando entre las ramas de una familia, las circunstancias de la vida hacen aparecer desigualdades, se ayudan mutuamente. Así debería ser entre miembros de la gran familia de las naciones. ¡Ideal elevado sin duda!, mas ¿por qué no ponerse luego a trabajar, por lejana que pueda parecer su realización? Aun las cuestiones angustiosas de la economía continental y mundial, miradas desde ese punto de vista experimentarían una mitigación sensible y una ayuda beneficiosa.

La obra que resta por realizar es pues inmensa; no se llevará a cabo más que por progresos sucesivos. Vuestro celo se aplica a intensificar y acelerar esos progresos. Sobre vuestros esfuerzos tan laudables Nos de todo corazón, señores, invocamos las más abundantes bendiciones del Eterno Padre de todos los hombres.

II

PALABRAS DEL PAPA A UN GRUPO DE PERIODISTAS NORTEAMERICANOS

(El 23 de enero de 1950 el Sumo Pontífice recibió en audiencia privada a un grupo de Directores y Redactores de prensa de Estados Unidos, que hacían una gira por Europa para estudiar los resultados del Plan E. C. A. (Economic Cooperation Administration. — Plan Marshall). Dijo el Papa:

"Esta audiencia no entra tal vez en la lista de las audiencias propiamente dichas del Año Santo. Sin embargo, al daros muy de corazón la bienvenida a Nuestra Ciudad Estado del Vaticano, no podemos menos de reflexionar en la contribución que vosotros podéis prestar para el logro del anhelado fin propuesto para este Año Santo.

Este año, como lo deseamos y pedimos encarecidamente, ha de señalar una gran vuelta del mun-

do a Dios por medio de Cristo Rey; y si tal retorno se realiza, está llamada a abrir la senda de la verdad. Cuando el individuo sea reconocido por todos en su auténtica medida como imagen de Dios, dotado con derechos inherentes que no puede violar ningún poder meramente humano; cuando se reconozca al Estado en su verdadera naturaleza de institución divina para la protección y defensa de sus ciudadanos y no para esclavizarlos; cuando el mundo todo se una en una profesión franca de la ineludible verdad de su dependencia de Dios, el Creador del universo; entonces la humanidad habrá dado pasos definitivos de retorno a Dios, y por lo mismo habrá dado señales de vuelta a la prosperidad, a la paz y seguridad.

¿Podéis vosotros impulsar tan noble empresa? Seguramente que sí. Porque la verdad necesita una voz; y la voz más potente y que alcanza al público en general sigue siendo todavía la de la prensa. ¿Quién ignora que un periodista puede deliberadamente falsificar los hechos, y separándolos del contexto puede torcer su verdadero significado, o suprimir una verdad que en justicia reclama ser escuchada? Y el resultado bruto es que las masas se desorientan, se provoca la tragedia humana, y la lucha civil y aun las guerras son engendradas, simplemente porque un miembro irresponsable de vuestra profesión, por una u otra razón, se convierte en traidor de su grave responsabilidad para con la verdad.

Ciertamente, esa responsabilidad es bien grave ante Dios y los hombres. Nunca en el pasado, Nos atrevemos a afirmarlo, ha sido más exigente que en la actualidad, cuando las comunicaciones se han facilitado tanto y en tan larga distancia, y el influjo del ciudadano común se deja sentir cada vez más en el gobierno de las naciones. Tamaña influencia, en proporción a su peso, impone el deber de familiarizarse con los hechos verdaderos; y ese deber confiere el derecho para que se nos diga la verdad. Vuestro actual viaje a través de Europa se propone indagar la verdad respecto a ciertas transacciones internacionales, porque vosotros juzgáis con acierto tal verdad de gran trascendencia para vuestro país, y añadamos que para el resto del mundo.

Nos alegramos, pues, de valernos de esta ocasión para felicitar a vuestra profesión por tantos inapreciables beneficios como ha aportado a la gran familia humana, y para alentar a todos y cada uno de sus miembros en el firme propósito de servir con infatigable lealtad la causa de la verdad en caridad. Ninguna sociedad que descanse en cimientos de hipocresía y de mentira está segura.

Mientras pedimos que las bendiciones de la paz y seguridad desciendan sobre el mundo, os auguramos, señores, Nuestros más sinceros votos por vosotros, por cuantos están cerca de vosotros en el afecto, y por vuestro generoso país".

TRANSCRIPCION

EL RETORNO DEL MUNDO A LOS PLANES DE DIOS

En su Mensaje de Navidad de 1949, el gran Pontífice reinante Pío XII, analiza con larga perspicacia la situación del mundo contemporáneo, haciendo ver la causa de los grandes fracasos en el orden social y en el orden internacional. "El mundo moderno, del mismo modo que ha intentado sacudir el suave yugo de Dios, ha rechazado el orden por El establecido, y con la misma soberbia del ángel rebelde al principio de la creación, ha pretendido instituir otro a su talante".

EL ORDEN DE DIOS

El mismo Sumo Pontífice, en un discurso reciente, había indicado cuál es el verdadero orden de Dios. "En el campo de la consciente acción humana, del bien y del mal, del precepto, del permiso y la prohibición, la voluntad ordenadora del Creador se manifiesta mediante el mandamiento moral de Dios escrito en la naturaleza y en la revelación, como mediante el precepto o la ley de la legítima autoridad humana en la familia, en el Estado y en la Iglesia. Si la actividad humana se regula y dirige según aquellas normas, se mantiene por sí misma en armonía con el orden universal querido por Dios". (Discurso de S. S. Pío XII, al iniciarse el nuevo año de la Rota Romana).

EL DESORDEN DE LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

Los dos siglos anteriores son el campo de experiencias en que se quiebra la tradición occidental, tan vieja como el mundo grecorromano, del concepto sano del hombre. El racionalismo individualista de Descartes preparó el terreno para el sensualismo relativista de los filósofos ingleses, que contradiciéndose, tratan de derrumbar el orden natural, para crear el monstruo del Estado omnipotente. Ellos descentraron el eje del mundo metafísico, hasta proclamar la divinidad del Estado como Hobbes .hasta exaltar la pasión y el sentimiento por sobre la razón, como Hume. De ahí a la autonomía absoluta en qde el hombre es norma suprema de sí mismo, no hay más que un paso. Y lo que era teoría, pasó a ser realidad vivida en el despotismo ilustrado primero y en el Estado omnipotente individualista después. La voluntad de poder de Nietzche y el Estado ateo totalitario de Marx, no son sino las últimas consecuencias del trastorno ideológico.

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

"En el campo social, dice el Papa, el desquiciamiento de los planes de Dios se ha realizado en la raíz misma, deformando la divina imagen del hombre. A su regia fisonomía de criatura, que tiene su origen y destino en Dios, se ha sustituído el falso retrato de un hombre autónomo en la conciencia, legislador exento de sí mismo, irresponsable ante sus semejantes y ante la estructura social, sin otro destino fuera de la tierra, sin más fin que el disfrute de bienes finitos, sin otra norma que la del hecho cumplido y la satisfacción indisciplinada de sus concupiscencias.

"De aquí ha brotado y se ha ido consolidando por lustros enteros, y en las más diversas aplicaciones de la vida pública y privada, aquel orden en exceso individualista, que hoy está casi en todas partes en grave crisis. Pero los posteriores innovadores no han aportado algo mejor, pues partiendo de las mismas erróneas premisas y echando por otro camino, han conducido a consecuencias no menos funestas, hasta el total desquiciamiento del orden de Dios, hasta el menosprecio de la dignidad de la persona humana, hasta la negación de las más sagradas y fundamentales libertades, hasta el predominio de una sola clase sobre las demás, hasta el sojuzgamiento de toda persona y cosa por el estado totalitario, hasta la legitimación de la violencia y del ateísmo militante".

EL CAMINO DE VUELTA

¿Cuál es la senda que hay que tomar para restaurar una sociedad así desquiciada y en trance de catástrofe? El Papa lo indica, y al señalarlo, no habla un lenguaje extraño o utópico. Hay que volver "a los principios naturales y cristianos". Naturalmente que para esto se necesita renunciar a todo el ropaje jurídico que envuelve sistemas sociales y políticos, a esas "disposiciones e imposiciones que tienen nombre pero no sustancia de orden", y que ya los hombres de mente y corazón recto empiezan a reconocer como un fracaso y como algo que "no responde a las naturales aspiraciones del hombre".

Gumplowicz ha sintetizado toda esa filosofía política moderna, que bien puede llamarse la filosofía del descalabro, en estas frases: "El orden político es el orden moral provisional, y el interés propio del Estado es un elemento de moralidad... Los más elevados bienes del hombre, libertad, propiedad, familia, derechos personales, se los debe al Estado". Estos postulados, en teoría y en la práctica han conducido irremediablemente a la proclamación de la fuerza, como la nota distintiva del derecho. Pues bien, a quienes profesan ese credo regresivo, el Papa los convida a los "principios naturales y cristianos, que fundan la justicia efectiva en el respeto de las legítimas libertades; de suerte que con la igualdad reconocida de todos en la inviolabilidad de los propios derechos, se apague la inútil lucha que exaspera los ánimos con el odio fraterno".

RESTAURACION DE LOS "PRINCIPIOS NATURALES Y CRISTIANOS"

El trastorno radica en la corrupción y degeneración de "los principios naturales y cristianos". No es ya tan sólo la secularización y laicización de la sociedad, sino la quiebra de la misma ley natural. Se ha cumplido lo que Balmes y otros videntes del siglo pasado habían previsto: el día en que Europa olvide el cristianismo, volverá a un estado peor del que le precedió. Y nada indica el retroceso tanto y por consiguiente la apostasía, como este conculcar principios elementales de derecho natural. Cuando, como ha dicho el Papa en otra ocasión, se llama al desorden orden, a la tiranía autoridad, a la esclavitud libertad, al delito virtud, el cristianismo está lejos, y la imagen de Dios, fuente de toda verdad y de todo derecho, empieza a borrarse, y todo el cuerpo social se siente atacado de un mal que le roba toda su fuerza. Es la proliferación del cáncer, que de la cabeza a los pies pide algo más que una intervención quirúr-

gica. Dios, fuente, base y principio, ha sido desterrado, ha sido vilipendiado, porque el ateísmo práctico del hombre animal, rehusa toda idea de sumisión y no percibe la huella del espíritu. Se enseña el ateísmo teórico y práctico, Dios es el gran ausente de las relaciones sociales, nacionales e internacionales; se conculca la libertad de conciencia en los niños y adolescentes; se impone la eutanasia y el control de la natalidad; se predica el amor libre y se ataca la célula vital de la familia con el divorcio; el Estado capitalista desoye el clamor de justicia social y el Estado totalitario, como una pesada aplanadora, destruye toda libertad.

Por eso, "a los sostenedores de uno y otro sistema social, ambos lejanos y contrarios a los planes de Dios" invita el defensor por excelencia del derecho natural, el Papa, a retornar a los principios naturales y cristianos. De sólo los documentos pontificios de Pío XII se saca el cuerpo de doctrinas salvadoras que urge poner en práctica en estos momentos, si es que se desea sinceramente poner remedio en el terreno social, a la raíz misma de la enfermedad.

Una gracia triunfante que lleve luz a la mente de los directores y la humildad necesaria para reconocer los yerros pasados, sólo se obtiene con la oración y la penitencia. Tal es el programa que impone el Año Santo al mundo cristiano.

(De **Latinoamérica**, marzo, 1950)

Vida intelectual

Exclusivo para CRITERIO

LA PRIMERA VERSION ITALIANA DE LA "SUMA TEOLOGICA"

¿Acaso no había sido traducida aún al italiano la obra del más docto entre los Santos italianos, a más de seis siglos de su canonización? Tan sólo en 1900 el P. Tardito, un seglar, intentó esta gran obra; y quedóse en la Parte Primera. Luego, con mucho mayor vuelo, el P. Angelo Puccetti, O. P., efectuó la versión de la "Summa contra Gentiles". Y de eso no pasamos.

No me permito ahora exponer las interesantes razones por las que no se logró hasta la fecha realizar dicha versión de la totalidad del texto tomista. Algunas van contra nuestra pereza intelectual, la de las clases medias católicas que tuvimos y tenemos en Italia; otras, empero, sufragan la opinión de que en las escuelas católicas de cultura religiosa el conocimiento del latín es tan profundo (arrancando de los primeros años de las clases secundarias) que volvía prácticamente innecesaria la versión de que hablamos.

Por ende nos precedieron todas las Naciones de Europa: Alemania y Francia, ante todo, y luego Inglaterra y Estados Unidos. Ultimos —last but not least— los españoles. Ahora los PP. Dominicos de Italia han realizado el sueño acariciado desde hace unos años. Indicaré también al editor de tamaña obra: la conocida Casa Editora Adriano Salani, de la cual han salido notables obras católicas: el Evangelio popular, la Biblia del P. Ricciotti en edición también popular y dentro de muy poco el Evangelio unificado de Mons. Masini.

Aquí tenemos, por de pronto, los dos primeros tomos de toda la obra, que consistirá de 34 volúmenes. De tamaño corriente (en 12º), encuadernados a la inglesa, próximamente aparecerán otros dos, para acabar, Dios mediante, en pocos años toda la edición. El editor Salani, entrevistado en Florencia por el que suscribe, se ha declarado satisfecho como el que más por la labor hasta aquí realizada en esta versión, la primera, de la "Suma Teológica". Muchos son los traductores, por supuesto; pero todos ellos unificados, en la claridad del texto y en la pureza y brillo de la lengua, por los Padres Dominicos de Toscana. Además, y no podía ser de otro modo, se han tenido en cuenta todas las demás traducciones a idiomas modernos; sus adelantos, sus recursos técnicos y de método, todo ha sido aprovechado para que, en lo posible, esta última versión de la obra maestra de Santo Tomás resultara la mejor de todas, igualándolas en pulcritud de presentación y en abundancia de anotaciones.

A este respecto merece un párrafo aparte el tomo primero, el de la "Introducción general". Comienza éste con un prólogo del P. Mariano Cordovani; sigue el P. Timoteo Centi con unas 20 páginas sobre la vida del Santo y la cronología de sus obras; luego el P. Ceslao Pera en más de cien páginas escudriña una vez más, con altura parangonable a la de obras similares del P. Mandonnet o de Mons. Grabmann, las "Fuentes del pensamiento de Santo Tomás en la Suma Teológica". Al P. Giordano Ghini le ha tocado la tarea de tratar "El contenido y el plan de la Suma", mientras el P. Tito S. Centi examina, en una breve síntesis del pensamiento filosófico del Aquinate, las clásicas XXIV tesis.

Sigue algo que acaso no tengan las demás traducciones: 150 páginas de un "diccionario de los términos técnicos tomistas". La palabra latina, su correspondiente raíz griega y todo el comentario que se necesita para la comprensión acabada de la misma. Termina el volumen un conjunto de "Notas de bibliografía tomista", el "Index de autores principales" y un "apéndice" colocado en un sobre pegado a la tapa, para la consulta aparte, conteniendo el esquema general de la Suma.

El segundo tomo, y primero de la "Suma" propiamente dicha, está ocupado por la traducción (frente al texto latino de la edición leoniana) de las Quest. 1-13 sobre la Existencia y la Naturaleza de Dios: 250 páginas, con muchas notas.

Lamberto LATTANZI

Florencia, marzo de 1950.

Información católica

I — EL AÑO SANTO Y LOS DOLARES

El gobierno italiano ha cooperado con las autoridades de la Iglesia para aminorar hasta donde fuera posible la explotación comercial que tendría por víctimas a los peregrinos durante el Año Santo. Los perpetuos vendedores ambulantes han sido expulsados de la plaza de San Pedro. Se han fijado precios topes en los hoteles y restaurantes, obligándose además a los primeros a anunciar sus precios no sólo en el salón principal sino en cada habitación, como una precaución más.

Para los americanos que viajan en peregrinación se han dispuesto tarifas especiales, alojándoselos en hoteles de lujo y de primera categoría. Tal trato está dando origen a considerables críticas por parte de europeos que no saben que se debe a la cantidad de turistas y los dólares que aportan. Tampoco se dan cuenta que un americano no puede acostumbrarse en un breve viaje a Europa como es la peregrinación, a la comida del país, por lo que para mantenerse bien se ve casi forzado a recurrir a los restaurantes de alto precio, donde no se emplea tanto el **aceite,** al cual no están acostumbrados.

En cambio el peregrino europeo común vive en una hostería para peregrinos, en un convento o en un hotel económico. Come en cantinas especiales o en trattorias, (restaurantes económicos), pues dispone de poco dinero y debe evitar todo lujo.

Sin embargo, ambos peregrinos, el europeo y el americano, coinciden en una cosa: su **devoción a la Iglesia.** Así, en cualquier basílica que se visite, siempre se encuentra una peregrinación y en toda iglesia se oyen confesiones. Un hecho alentador es que son innumerables los italianos que individualmente o en grupos hacen el Jubileo. Para aquéllos que tienen ojos para ver y oídos para oír, **todo esto es verdaderamente espiritual y tan profundo que resulta casi tangible.**

Anna M. Brady
(Presidente del C. I. P. - New York)

II — LA CRUZADA DEL GRAN RETORNO EN ITALIA

ROMA. El corresponsal del CIP presentó en Ferrara un debate entre el **Padre Félix Morlion,** O. P., Presidente de la Universidad Internacional Pro Deo y Asesor Eclesiástico General de la Unión Internacional Pro Deo (cuyo miembro americano es el CIP de New York, y el **profesor Androgh Donini,** líder comunista, e intelectual de reconocida autoridad en Historia de la Iglesia en Italia. El debate tuvo lugar en su Teatro Comunal, durante la mañana del domingo 26 de febrero.

A simple vista nunca podría sospecharse que Ferrara fuera ciudad "roja". Presenta un tranquilo encanto aportado por sus antiguos edificios, amplias calles y escaso tráfico. El notable número de bancos en su centro comercial le dan un aspecto próspero y más bien acicalado. La plaza principal dominada por el famoso castillo, con su foso lleno de agua, crean una atmósfera de seguridad y serenidad, imagen por completo opuesta a lo que convencionalmente se considera refugio comunista. Sin embargo, bajo esta superficie existe evidentemente otra cara, pues Ferrara es la ciudad más "roja" de Italia.

LA PUESTA EN ESCENA

Había más de mil personas, repartidas por partes iguales entre comunistas y de Acción Católica. La experiencia obtenida el año pasado sugirió el método siguiente para las discusiones entre el Padre Morlion y varios comunistas: La reunión se hace en un lugar "neutral" y se asigna el mismo tiempo a la exposición y a su refutación. Estas normas se deben a que el año pasado, cuando el Padre Morlion fué a los propios centros comunistas para contestar al desafío sobre si "El Cardenal Mindsenty es un criminal o un mártir", éstos no se mantuvieron dentro de las reglas del debate, como pudo comprobarlo personalmente el corresponsal del CIP. Fué entonces cuando el Padre Morlion rehusó continuar debatiendo en los centros comunistas y propuso hacerlo sólo con comunistas de nota, desafiando al mismo Togliatti.

Así se originó la Cruzada del Gran Retorno, en la cual el Padre Morlion recorre ciudad tras ciudad en Italia, como huésped de la Acción Católica, interviniendo en debates abiertos con los comunistas sobre el siguiente tema: "¿El decreto del Santo Oficio es de carácter político o espiritual?"

EL DEBATE

Indudablemente el debate de Ferrara siguió las líneas de todos los otros sobre el mismo tema. En síntesis se desarrolló de la siguiente manera:

En su discurso inicial el Padre Morlion leyó íntegro el texto del Decreto, haciendo notar primero que ningún periódico comunista lo publicó completo, explicando luego su verdadero sentido y su aplicación. El profesor Donini tomó como punto básico de su respuesta aquello de que los comunistas no se interesan por la religión sino por las condiciones materiales de vida. Sostuvo que el Partido Comunista no objeta que sus miembros fueran católicos, citando como prueba de tal tolerancia que Stalin permitió el voto de los sacerdotes en Rusia. Contestando, el Padre Morlion leyó en textos comunistas oficiales las enseñanzas de Engels, Marx y Lenin a este respecto, señalando que nunca habían sido publicados en ninguna literatura comunista oficial para Italia. El profesor Donini contestó insistiendo que al comunismo no le interesa la religión sino el bienestar material del pueblo, y siguiendo la ya regular rutina comunista alabó a Stalin y a la Unión Soviética. Cuando el Padre Morlion citó los escritos del propio Donini, demostrando que éste no se interesaba sólo por los aspectos materiales de la vida, el autor sostuvo que su interés por la religión era "puramente científico".

El valor de este debate, de igual modo que el de otros basados sobre el mismo plan, consiste en que lleva al pueblo italiano tanto la verdad sobre las enseñanzas comunistas, que las hacen intrínsecamente antireligiosas, como el conocimiento de las enseñanzas sociales de la Iglesia Católica, con su condena de la explotación de los hombres. Sobre todo, estos debates están abriendo el camino para la vuelta a la Iglesia de muchos y como tales son instrumentos en la Cruzada del Gran Retorno durante el Año Santo.

Crónica Musical

TEATRO COLON

CONCIERTOS DE WILHELM FURTWAENGLER

Nota destacadísima en la iniciación de las actividades del Teatro Colón han sido los conciertos que dirigió este extraordinario conductor alemán. En nuestro número anterior hemos dado cuenta de los dos primeros conciertos y también señalamos las extraordinarias cualidades que posee el famoso director germano. Pero entre todos los conciertos dirigidos hasta el momento, ninguno nos ha producido una emoción más profunda, que *La Pasión de N. S. J. C. según San Mateo*, de Juan Sebastián Bach. Esta obra de la cual teníamos el concepto de que era imposible superar a la interpretación que en sus anteriores representaciones había hecho Frizt Busch, tenemos que manifestar con toda sinceridad que la de Furtwaengler ha sido más emotiva, más mística y más atrayente. Es posible que el gran conocimiento que tenemos de la obra, nos haya permitido escucharla con mayor comprensión, pero insistimos en creer que realmente la interpretación de la presente temporada ha sido la que más nos ha conmovido. Para ello ha habido una comprensión enorme entre el director y sus colaboradores; la orquesta, que la tocó con verdadero cuidado, siguiendo con la mayor exactitud a su formidable director, los coros que estuvieron acertadísimos en su afinación y en los matices que tiene continuamente la monumental obra. Al referirnos a los solistas destacamos en una forma neta a Antón Dermota, que ya en dos ocasiones ha actuado en nuestro teatro máximo, el que en su parte de recitador evangelista lo ha hecho en forma extraordinariamente emotiva. Todas las frases de los versículos del Evangelio fueron cantadas por Dermota con un ajuste y una unción que no habíamos escuchado antes, ni en las anteriores representaciones de esta obra en las que brilló con tanto acierto von Pataky, ni en la magnífica grabación que en su oportunidad comentamos en CRITERIO.

Después de Dermota la artista que más nos gustó fué Margarita Klose que aunque no de una voz extraordinaria, canta con estilo magistral. El bajo José Greindl, cantó bien, pero nos reservamos verlo actuar en las obras escénicas para poderlo juzgar con mayor conocimiento de causa.

Los otros artistas, todos ellos argentinos, actuaron satisfactoriamente, sobre todo Angel Mattiello que hizo el papel de Jesús. Merecen nuestros mejores plácemes los solistas instrumentistas señores Pessina y Napolitano, violines; Martucci y Sorbelli, flautas; Gaspart, Minghetti, Tavella y Cocchiararo, oboes; Puglisi, violoncello; y Del Hoyo, contrabajo. Todos estos solistas especialmente Pessina, Martucci, Gaspart y Puglisi fueron ejecutantes de máxima eficacia. También merecen nuestros aplausos, el director del coro, Rafael Terragnolo; el organista, Ricardo Linares, y el pianista, Miguel Gielen. De una manera especial queremos hacer resaltar la actuación del coro de niños, que fué preparado excelentemente, por Juan E. Martini.

Esta "Pasión según San Mateo", quedará inolvidable en los que la hemos escuchado y por mucho tiempo estaremos esperando una repetición tan eficaz y tan hermosa como la que nos ha dirigido Furtwaengler.

ORGANIZACION DE CONCIERTOS IRIBERRI

Está próxima la actuación de nuestro conocido Malcuzynski, que en la segunda quincena de mayo iniciará sus conciertos en el gran Teatro Opera. Para el mes de junio, llegarán Frederich Gulda, el gran pianista que tanto gustó en la temporada anterior y Marisa Regules que vuelve a la Argentina después de una victoriosa campaña en Norteamérica. Para julio, tendremos entre nosotros a Jehudi Menuhin, conocido como uno de los más grandes violinistas actuales y a la pianista Nibya Mariño, que también ha actuado en Buenos Aires. Para el mes de agosto, la *Organización Iriberri*, anuncia a la gran cantante americana Marian Anderson.

ASOCIACION WAGNERIANA

En el número anterior por un error, pusimos como título: *Asociación Argentina* en vez de *Wagneriana*, y refiéndonos al Concierto con que inició sus actividades no podemos dejar de destacar las dos obras para órgano y orquesta de Mozart y Haendel en el que Julio Perceval se superó a sí mismo. La Orquesta de Cámara que dirige Weinstein la notamos cada vez más ajustada y eficaz. Fué un buen principio y excelente augurio para la laboriosa Asociación Wagneriana.

M. Ortiz DE GUINEA

Crónica de Teatro y Cine

TEATRO

ASI SE AMA EN SUDAMERICA

Pondal Ríos y Olivari entregan este año al juicio público una comedia musical tan vacía como todas sus anteriores, sostenida por una idea intrascendente, pasada de moda, pero que ofrece ciertas posibilidades: cómo ven a "South America" del otro lado del Ecuador. Esta sirve para hilvanar varias canciones de música nada más que mediana, presentar dos o tres bailes intrascendentes y colocar sobre el escenario a los excelentes folkloristas Abalos, que en esta ocasión se limitan a exhibir condiciones de bailarines de malambo y nada más.

Tamara Grigorieva actúa con frialdad y baila correctamente; Pedro Quartucci reedita su estereotipado personaje de muchachón frívolo y simpático, con su habilidad habitual; Sabina Olmos canta bien un tango y con ello cumple, y Fernando Ochoa por falta de experiencia escénica, posiblemente, está frío e intrascendente. Los Hermanos Abalos suplen carencias con buena voluntad y sonrisas, y Angel Eleta con cierta pericia coreográfica.

El director Prat no ha sabido hacer rendir a los artistas más de lo que naturalmente podían; Eleta no ha gastado demasiado cacumen en las danzas y Carcavallo resulta ser a la postre lo mejor de la obra pues sus escenografías revelan buen gusto, armonía cromática, originalidad y elegancia. Vladimir Irman que "puso" dos solos de Tamara Grigorieva, tampoco se lució especialmente; y en cuanto a Sixto Pondal Ríos y Carlos Olivari, cuyas relucientes calvas exhibe el programa, pueden estar seguros que no perderán un sólo cabello más si siguen evitando esfuerzos cerebrales, como lo han hecho en *Así se ama en Sudamérica*.

CINE

ELECTRA

Entre las obras cumbres de la dramática de todos los tiempos, ocupa *El luto le sienta a Electra*, del autor norteamericano Eugene O'Neill, un lugar propio. Como se sabe, el discutido y genial dramaturgo trasplantó a la época contemporánea *La Orestiada* de Esquilo, en una versión magistral, en la que han quedado intactos los elementos avasalladores de aquélla.

Para comprender exactamente la obra de O'Neill debe el interesado trasladarse espiritualmente a la Antigua Grecia y embeberse de su teatro, tan distinto al contemporáneo. El Destino era, si no el personaje principal, el titiritero que movía los hilos en las representaciones helenas. La mitología tenía un lugar de preeminencia y más que una trama organizada como la entendemos los modernos, era aquel teatro riquísimo muestrario de psicologías, conducidas siempre en sus reacciones por el sello de lo inexorable.

Quien viera *El luto le sienta a Electra* sin esa previa composición de lugar, creerá encontrarse ante un melodrama bien escrito pero decididamente patológico. Adelantémonos a expresar que lo mismo sucede cuando se relata el argumento de *Hamlet* o *Macbeth*. Y no es que esas obras maestras hayan pasado de moda, porque la naturaleza humana permanece invariable a través de los siglos, sino que el hombre moderno prefiere manifestarse con más circunspección, quizá por el compacto sedimento de inhibiciones que se le va adhiriendo, quizá por auténtica vuelta a la sencillez y la sobriedad en sus actos. Posiblemente ambas teorías sean exactas y lo que varíe sean sólo los personajes, adecuados a una u otra según su historia.

Adaptados, pues, al clima de la tragedia, digamos que la versión cinematográfica de *El luto le sienta a Electra* es excepcional, extraordinaria, genial quizá. Dudley Nichols ha respetado el texto teatral y lo ha trasladado al cine con gran inteligencia. Su primer hallazgo ha sido un sabio horror a la "adaptación cinematográfica". Esta película es —como el *Macbeth* de Orson Welles— esencialmente teatral, y ese es gran mérito. No hay regla sin excepción, y no borra nuestra aparentemente insólita declaración todo lo que hemos dicho en estas mismas columnas contra la impericia de quienes han llevado obras dramáticas al cine sin preocuparse por agilizarlas. Pero *Electra*, como obra maestra, es intocable y no puede pretenderse innovar en ella. El único tratamiento posible es el que se le ha dado: fiel respeto al original. Cortar diálogos, suavizar situaciones o aguar tintas habría sido imperdonable. Marcar naturalidad en los matices, sobriedad en los gestos o sofisticación en el comportamiento, desnaturalizar el original. Así, el espectador que no tiene posibilidad de ver la obra en teatro, puede gustarla sin alteraciones. Y eso es lo que debió buscarse y se consiguió.

No es *Electra* cinta para mayorías (las carcajadas que estremecían el cine en los momentos climax no pueden haber sido, en ese sentido, más significativos), ni para quien ignore sus antecedentes griegos y no tenga al mismo tiempo conocimientos por lo menos moderados de psicología profunda moderna. Comenzando por el título que se le ha dado en español que a muchos

resultó incomprensible porque la protagonista se llama Lavinia, y siguiendo por toda su contextura, es *Electra* para paladares avezados y refinados. Pero estas minorías —sobre todo si están capacitadas para gozar del inglés bien hablado— tendrán una verdadera fiesta con esta película. La interpretación es sobresaliente: por lo pronto todos los artistas dan la impresión de seres cultos que han comprendido la obra y la han estudiado con cariño. Desde Henry Hull a Rosalind Russell todos los intérpretes son excelentes. Esta se mueve con plasticidad imponente, y lleva la principal responsabilidad de la trilogía en un trabajo de calidad pocas veces vista. A su lado, Michael Redgrave —no obstante algunas vacilaciones— obtiene con su personaje hallazgos de excepción; la esencial blandura de Orin Mannon, con relámpagos psicóticos derivados precisamente de su debilidad, los apóstrofes ante el cadáver de su padre, su ambivalencia, y, en general los detalles de composición —todos perfectos— lo consagran una vez más. Katina Paxinou hubo de luchar contra un físico inapropiado para el papel, pero su jerarquía de gran actriz teatral, que usa la voz como un elemento más de la tragedia, la riquísima gama de matices puestos al servicio de un rol de dificultades que hubieran sido insuperables de no ser ella la intérprete, y la plena comprensión de lo que exigía el personaje, hacen a su labor inolvidable. Excelente es también la actuación de Leo Genn, tosco, burdo y vengativo; de Kirk Douglas, Nancy Coleman y Henry Hull, que actúa a manera de corifeo.

La dirección de Dudley Nichols se ha atenido religiosamente al texto y es perfecta. Ha adoptado un ritmo teatral, pero no por ello monótono, sugiriendo aquí y allá con oportunos enfoques la tortura de sus personajes. El maleficio de la familia Mannon, debatiéndose impotente en las redes del destino inexorable, condenada eternamente por la culpa de uno de los primeros, marcada por el sello de la desdicha voluntariamente atraída, está descripto en imágenes de plástica comunicación. Son especialmente impresionantes los diálogos en los peldaños de la mansión, en que al pie de columnas de reminiscencias helénicas y ataviadas las mujeres con indumentarias de múltiples sugerencias, colocadas a la distancia señalada por el texto teatral, van desarrollándose los capítulos de la tragedia.

Y, sobre todo, es de alabar su religioso respeto al texto original, que podrá quizá haber estatizado algo la acción en algún momento, pero que es el único medio para que el genio de O'Neill llegue intacto. Es, pues, la realización de Dudley Nichols, obra maestra.

Y llegamos a la calificación moral, *Electra* es apta solamente para personas de criterio formado, conocimiento de los vericuetos de la psicología humana, cultura superior y firmes principios cristianos. A los demás no les conviene... y dudamos mucho que les guste.

Vagabond Jim

LA AGRUPACION *C.I.N.E.* OFRECERA UNA REUNION ESPECIAL

El 21 de mayo a las 10 de la mañana en el cine Biarritz, tendrá lugar la segunda sesión del año de la agrupación C.I.N.E. En ella se exhibirá *La cuna vacía*, película a la que se entregará el premio anual de la antedicha sociedad, correspondiente a 1949. Como se sabe, la Oficina Católica Internacional de Cine, cuya filial en nuestro país es C.I.N.E. otorga una vez al año, con ocasión de los grandes festivales cinematográficos mundiales, una recompensa especial a la cinta más constructiva de las presentadas. En la Argentina se ha resuelto hacer lo mismo con las vistas nacionales, y después de sesuda meditación se ha resuelto que fué *La cuna vacía* la película local más constructiva de la temporada anterior. Con motivo de la entrega de los premios habrá una reunión especial a la que asistirá la plana mayor de los que realizaron esa cinta de Artistas Argentinos Asociados. Hará uso de la palabra para referirse al acontecimiento el crítico de CRITERIO y corresponsal en la Argentina de la *Revista Internacional del Cine*, Dr. Jaime Potenze.

Las entradas, al precio de $ 2.50 están en venta en esta revista, donde puede adquirirse, asimismo, el último ejemplar llegado al país de la *Revista Internacional de Cine* y algunos ejemplares del primer número.

AL CESAR LO QUE ES DE CESAR...

N. de la R.: En nuestra entrega anterior, razones de espacio y tiempo obligáronos a resumir en dos las diez líneas finales de la crónica que nuestro colaborador Vagabond Jim dedicaba al comentario de la película argentina "El crimen de Oribe", y fué así que el elogio que en ellas figuraba para los intérpretes resultó harto sintético. En honor de la verdad Vagabond Jim expresó lo siguiente, de los actores de esa obra: "Roberto Escalada trabaja con medida corrección, manteniéndose siempre en el tono indicado y satisfaciendo las exigencias de la crítica. Carlos Thompson, como ya lo adelantamos, hace una creación de su difícil y complejo personaje; tonos, movimiento, gestos, mímica y matices revelan en él a un intérprete dúctil del que mucho se puede esperar en el futuro, pero al que ya puede considerarse artista de jerarquía. Cumple bien Raúl de Lange y no alcanzan la finura requerida las actrices jóvenes. De calidad la labor de los actores de reparto.

Promisoria la dirección y digna de verse la película. *Vagabond Jim*".

BIBLIOGRAFIA

UNDER GOD AND THE LAW. Papers read to the Thomas More Society of London. Edited by Richard O'Sullivan.

Es éste un volumen conjunto de varios miembros de la Sociedad Thomas More, que agrupa a los abogados católicos de Londres, y que bajo la advocación del que fuera canciller de Enrique VIII han reunido una serie de trabajos de excepcional interés jurídico.

La introducción de Richard O'Sullivan es precisamente sobre el espíritu cristiano de la "common law" británica, que con el Derecho Canónico y el Derecho Romano han modelado a la civilización occidental. Señala el autor al Derecho Natural como fuente del "comon law", contestando múltiples objeciones, y recuerda la célebre frase de Thomas More al morir: "Muero en, y por la fe de la Santa Iglesia Católica, buen siervo del Rey, pero ante todo de Dios". Esta anteposición jerárquica fué lo que lo llevó al martirio, y su tergiversación lo que fundó la Iglesia de Inglaterra. En la parte final de su trabajo recuerda que la Carta de las Naciones Unidas ha propuesto una vez más un límite a la soberanía absoluta de los estados, basados en los derechos del hombre, y hace conjeturas optimistas al respecto.

El profesor A. W. Reed firma una monografía sobre la juventud de Thomas More, estudio hecho con erudición, cariño y respeto por el biografiado. Inmediatamente sigue "Jesús y los abogados" por el sacerdote jesuita y arzobispo de Hierápolis, Alban Goodier. Es éste un alegato sumamente interesante sobre la dignidad de la profesión de abogado, y al mismo tiempo sobre las múltiples reservas hechas por Nuestro Señor contra los que la prostituían. La colaboración que sigue es de T. S. Gregory sobre "Las controversias de St. Thomas More" y revela la extensión de la revolución a que tuvo que hacer frente el santo en su época, "disolución en que no sólo la sociedad humana sino el universo y el alma humana parecían sucumbir. La fe había sido separada de las obras, la gracia de la naturaleza, la ley de la conciencia, Inglaterra de la Cristiandad, el presente del pasado, el cielo de la tierra, el pecado de la redención, el servicio del Príncipe del servicio de Dios".

El R. P. Philip Hughes firma un ensayo sobre "La constitución de la Iglesia" que es realmente magistral, y cuya traducción al castellano debería ser encarada por el Consorcio de Abogados Católicos. Con claridad resplandeciente y perfecto dominio del tema trata de la estructura espiritual y constitucional de la Iglesia, analizando primero lo que significa su unidad, relacionando inmediatamente ese misterio que es la fundación y raíz de la Constitución en sentido "legal", con lo que es su principal apoyo y fuerza y causa —el sacramento de la Eucaristía— y de ahí con lo que es el principio de nuestra vida con Dios, Su Pasión. Describe luego la Constitución "legal" de la Iglesia en sus rasgos esenciales (que son de creación divina) y en los accidentales que han sido modificados para adecuarse a las necesidades especiales de las distintas épocas. Finalmente habla de la interrelación de los elementos revelados en el análisis estructural y del último desarrollo contemporáneo de la Constitución. Sus palabras sobre la misión de los fieles, los Obispos y la Acción Católica aclaran conceptos y enseñan positivamente.

En su colaboración sobre "El Derecho y el Espíritu" el R. P. Richard Kehoe, O. P., abre nuevos horizontes y arroja una nueva luz sobre las concepciones antiguas de la ley de la Naturaleza y la ley de Dios. El R. P. J. Rogers, S. J., trata sobre "El Derecho y el poder político", en el que tras revisar varias teorías sobre el tema advierte que la de Kelsen legaliza el absolutismo político, da una definición inadecuada del Derecho y no proporciona solución alguna para su problema básico. Termina con la presentación de la doctrina tradicional católica basada en San Pablo.

Sobre "La Iglesia y el Estado en el Este" y "La Iglesia y el Estado en el Oeste" tratan A. H. Armstrong y Mons. George Andrew Beck, cerrándose el volumen, de valor inestimable para abogados, historiadores y personas cultas en general, con un artículo del R. P. Hilary Carpenter, O. P., sobre "El concepto católico de la Iglesia" en el que critica acerbamente la noción que del Catolicismo tienen los tribunales británicos. Es éste un trabajo muy interesante por el acopio de jurisprudencia desconocida que aporta.

Editó Basil Blackwell, en Oxford (Gentileza del Consejo Británico).

J. P.

LIBROS RECIBIDOS

De Emecé, la 2ª *edición de* El Triunfo del Cristianismo, *por Ambrosio Romero Carranza y* Por qué París no fué destruído, *por Pierre Taittinger.*

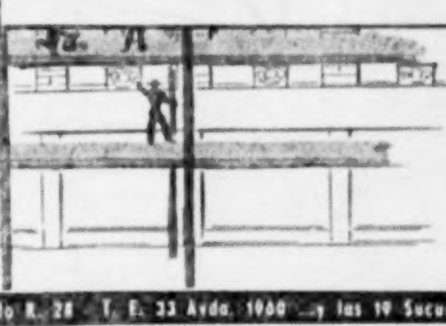
De Acme Agency, Suplemento de *Rastros (Selecciones de Novelas y Cuentos de Aventuras). El Nº 5 contiene:* El Doctor del Valle, *novela de Oscar J. Friend;* Cuentos, *de W. O'Sullivan, Juan Corneglia y G. Steele; y dos episodios de dos novelas de Zane Grey en* historieta.

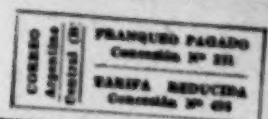
De la editorial Apis *(Presidente Roca 150, Rosario),* Domingo Savio, *por el Cardenal Carlos Salotti;* La Religión Explicada. *Primer Año: La Fe y Segundo Año: La Ley, del P. Ardizzone; y los números de marzo y abril y mayo de* Didascalia, *revista mensual para la Enseñanza Religiosa.*

De Herold, Wien, Austria, *Das Geheimnis des heiligen Berges, por Rudolf Biach.*

De Ediciones Cultura Hispánica, *Madrid,* Breve historia crítica del teatro argentino, *por Jaime Potenze.*







Editorial CRITERIO
Alsina 980
BUENOS AIRES

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2800 esq. Paso
11 DE MAYO DE 1950
Año del Libertador General San Martín